PERVERSIONES DE PUEBLOS INCULTOS

TEMAS SEXUALES

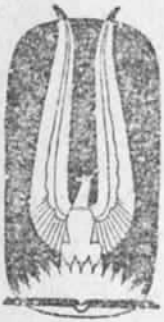
BIBLIOTECA DE DIVULGACION SEXUAL

46

A. MARTIN DE LUCENAY

Perversiones de pueblos incultos

La religión, la magia y las perversiones.—El homosexualismo entre los salvajes.—El sadismo y el masoquismo.—El canibalismo erótico. La locura erótica.



EDITORIAL FENIX
FERRAZ, 27.—APARTADO, 8025.—MADRID

PRIMERA EDICION
FEBRERO 1934

DERECHOS
RESERVADOS

PRINTED IN SPAIN

IMP.-ROT (Imprenta Rotativa) Andrés Mellado, 4. MADRID

PROLOGO DEL TEMA

Estudiando las costumbres sexuales de los pueblos primitivos, es como mejor se observan las escasas diferencias existentes entre la sexualidad normal y aquella cuyas manifestaciones parecen alejarse del fin de la procreación que, biológica y moralmente, hemos de estimar como el único legítimo de la actividad erótica humana.

No es justo achacar a los progresos de la cultura la causa de los aspectos equívocos o morbosos de la sexualidad, porque entonces sería cosa de remontarnos al examen de la vida de los animales, entre los que también vemos que, antes y después del acto sexual normal, se producen hechos que tampoco es posible denominar morbosos, ya que obedecen, sencillamente, a un movimiento imperioso del instinto.

Pada apreciar, en justicia, estas manifestaciones, como hemos visto en la larga discusión sostenida en los volúmenes anteriores, que tratan de las perversiones en su génesis y desarrollo, sería preciso limitar adecuadamente los campos de lo normal y de lo anómalo, pretensión irrealizable en absoluto, porque la diferenciación no podría hacerse más que por medio de gradaciones que irían desde la frigidez absoluta, que es una de las formas de la castidad—el aspecto más puro de la perversión—hasta la expresión más terrible, como la necrofilia, por ejemplo, e incluso el canibalismo erótico.

Claro es que, entre ambos extremos, caben una infinidad de términos medios. Ahora bien, parece ser que es sólo la moral, la tradición o la costumbre, como queramos decir, quien sanciona estos movimientos impulsivos del instinto sexual, quien los analiza y cataloga con arreglo a los trastornos sociales o morales que de su práctica pueden derivarse. Pero científicamente, ¿hasta qué punto podemos decir que esto es normal y lo otro es perverso? Los hechos tremendamente inmorales que aterran a las gentes de las sociedades supercultas logran esta finalidad, por referirse principalmente al magno problema de la vida sexual. El reciente "affaire" Staviski no

ha preocupado tanto la atención general como las aventuras de Jack "el Destripador", Landrú o el vampiro de Dusseldorff. Igualmente, un crimen político no se presta entre la gran masa popular a tantos comentarios como el acto de gran sadismo cometido por un sátiro con una niña. Y de esta forma, citaríamos ejemplos precisos para demostrar con cuánto apasionamiento sigue la opinión de todos los pueblos estos delitos sexuales que en la supercivilizada Norteamérica dan lugar al bárbaro linchamiento de los negros, mientras que los famosos "gangsters" disfrutan, o poco menos, de la protección de las autoridades y de la simpatía respetuosa de las demás gentes.

Mas apartémonos de discusiones para atender a lo que en el presente tema nos preocupa. Puede admitirse, indudablemente, que la cultura trata de refinar todos los aspectos de la vida, de sintetizar la existencia, por decirlo así, y de hacer asequibles los máximos placeres como si se tratase del flujo y reflujo de una verdadera ola erótica. Claro es, que lo más interesante de estos movimientos hemos de buscarlo en la parte psíquica del ser humano, en su imaginación, en su cerebro, seguramente más desarrollado que el de los hombres de los pueblos primitivos. Pero estas transformaciones de la psicosexualidad, es seguro que más atañen a la forma que al fondo de las cuestiones, ya que las perversiones que creemos son un producto de la civilización, las encontramos practicadas por los hombres de los pueblos incultos, no de una manera insidiosa o inmoral, sino a veces formando parte de los ritos religiosos y mágicos de un panteísmo que nosotros no comprendemos, los cuales se celebran con toda solemnidad, de una forma grave y terrible que a veces implica la destrucción de los seres, lo que no puede ser más opuesto a los principios de la reproducción y de la conservación de la raza.

Independientemente de esos bárbaros rituales en los que aparecen el sadismo, el masoquismo, la necrofilia, etc., en sus formas más graves, el individuo, aisladamente, también recurre a su fantasía o a las costumbres seculares con el objeto de procurarse los máximos goces a expensas del amor sexual.

Y ocurre que, observando a estos individuos en los demás aspectos de su actividad, ateniéndose a sus antecedentes hereditarios, a su organización mental, etc., nos encontramos con que se trata de seres perfectamente normales que, además, gozan entre los suyos, que no desconocen sus aficiones sexuales, del merecido prestigio a que se haya podido hacer acreedor en otros órdenes distintos, de laboriosidad, honradez, simpatía o valor.

Por esta razón, cada vez que tratamos de investigar el origen de las perversiones sexuales y de relacionar tales actos con otras ideas, nos encontramos con que el análisis se presenta erizado de dificultades y tan oscuro, que no es posible seguir adelante si no es para llegar a la conclusión, largamente afirmada, de que todas las perversiones, por terribles que sean o parezcan, no carecen de una base absolutamente normal, y que, por mejor decir, la desviación más grave del apetito genésico corresponde a una base naturalísima que se encuentra en forma que pudiera decirse embrionaria, en la psicosexualidad de los seres supercultos que pasan por ser, y lo son, verdaderos prototipos de indiscutible moralidad.

Resulta, pues, como resumen del presente prólogo, que lo mismo los animales que los hombres incultos, consideran naturales, puesto que los practican, los actos que los civilizados sólo realizamos de una manera secreta y reservada. ¿Y dónde está la naturalidad o la normalidad? Sinceramente, yo creo que si la naturalidad, es decir, la relación íntima y constante con la Naturaleza y sus leyes, equivale al estado primitivo del hombre, no cabe duda que todos los actos que se observan entre esos salvajes obedecen, por tanto, a una inspiración natural también, de donde resulta que no son las perversiones sexuales en sí, sino su catalogación y la repulsa que producen, una perversión más que añadir al índice de las que velamos los hombres civilizados.

LA RELIGION, LA MAGIA Y LAS PERVERSIONES

Relación de las ideas morales con la erótica. La importancia de la erótica en la vida social. La ley de las compensaciones.—La moral salvaje y la de los civilizados.—¿Hasta qué punto son perversiones?—Las perversiones como ritos religiosos.—Entre los hotentotes.—La «aupar-histaka».—El amor de los eunucos.—El «congreso del cuervo».—Los australianos.—El canibalismo.

En el volumen anterior hemos descrito con cierto detalle las costumbres de muchos pueblos salvajes en lo concerniente a la relación de la sexualidad con la religión, la magia, la hechicería y demás formas animisticas de adoración a las divinidades tutelares de las razas primitivas. Muchas de esas manifestaciones están enraizadas en bases tan naturales como las que se refieren a la iniciación en la vida erótica de la juventud, hasta el punto de que, para un crítico imparcial y libre de prejuicios, resultaría imposible trazar normas más adecuadas que pudieran conducir al mismo fin.

El hecho de que la religión tome una parte tan activa en las funciones de los sexos, evidencia la gran importancia que la reproducción de la especie tiene para la vida de los pueblos. Prescindiendo de las formas legales de la unión de dos seres de diferente sexo, que a veces sólo son fórmulas sociales sin ninguna trascendencia religiosa, rara vez falta un elemento que pudiéramos llamar supersticioso y que no es más que un sustitutivo de la religión misma.

Todas esas ceremonias aludidas en el anterior volumen, pueden ser consideradas como perfectamente lícitas, prescindiendo, naturalmente, de nuestra moral como producto de la cultura. En esas costumbres y ritos bárbaros que se refieren a la iniciación en la vida sexual, al galanteo, el matrimonio, el embarazo, el parto, etc., no existen, en realidad, elementos perversos, ya que todos esos actos tienden a realizar el fin lógico de la procreación.

Tampoco se relacionan dichos ritos con la erótica principalmente, a no ser que nos atengamos a las condiciones particulares de la vida de algunos pueblos en los que la reproducción de la especie parece desempeñar un papel accesorio en la vida sexual, o, por mejor decir, que no es más que una consecuencia secundaria de la erótica.

Pues precisamente en estos pueblos, en que las condiciones económicas impiden o dificultan el progreso de la raza en cuanto al número de sus individuos, tal vez en pugna con las circunstancias temperamentales psicofisiológicas, es donde con más precisión puede observarse la potencialidad del impulso sexual en armonía con los intereses sociales de la comunidad.

No cabe duda que las religiones han ido evolucionando de acuerdo con el factor economía, según hemos dicho en otro volumen. Cuando los pueblos se desenvuelven con facilidad y son prósperos y ricos, esto es, cuando puede decirse que las inquietudes de las gentes no tienen su justificación en la escasez de medios de vida, no cabe duda que no existe el grave problema imposible de resolver para los proletarios de las grandes ciudades, que ni disfrutan de salarios suficientes ni conocen tampoco las teorías de Malthus.

Así resultaba antiguamente, cuando la lucha por la existencia no era lo cruda y violenta que es en los tiempos presentes, que las prescripciones religiosas no encontraban en su práctica trabas insuperables como seguramente ocurre hoy aún a las gentes más religiosas. La máxima cristiana de "Creced y multiplicaos" no era violada por nadie: hoy, es necesario reformar la frase del Maestro, por lo menos en la práctica, en el sentido de crecer y multiplicarse, pero con bastante prudencia.

Ahora bien, ¿hasta qué punto es posible sacrificar la parte erótica de la vida a los intereses de la sociedad? Los hombres de los pueblos salvajes, como los de los civilizados, saben que el medio más eficaz de contrarrestar la gran capacidad reproductiva de la raza, estriba en rehuir el trato sexual normal. Esta es la nueva moral—o la moral circunstancial, simplemente—de las uniones formales, en las que el interés por limitar la descendencia incumbe lo mismo al hombre que a la mujer.

Mas no cabe duda que el hecho de renunciar a la procreación, no implica la obligatoriedad de abstenerse de los placeres eróticos. Al contrario, como me decía no hace mucho un humilde jornalero bastante culto, el único placer de los matrimonios pobres y enamorados que sirve para mitigar los dolores en que es pródiga la vida, consiste... en amarse. Pero resulta que el hecho de amarse entraña graves peligros sociales y no pocas responsabilidades y daños que no sólo sufren los enamorados, sino los hijos que no se desean, que vienen al mundo en un ambiente hostil, como intrusos, dispuestos a participar de los derechos de los demás.

Luego en este caso, los placeres normales resultan prohibidos, y sus consecuencias son siempre nocivas para los intereses de la familia y de la sociedad. Y entonces se recurre a los sucedáneos, el onanismo, a la masturbación, a la sodomía, a la homosexualidad y a todas las formas consideradas como ilícitas por la moral y las costumbres, y, lo que es más grave aún, por la misma biología. Es entonces cuando el impulso se desvía por los caminos de lo anormal, al paso que el instinto multiplica sus bríos.

Y se desvía, no porque en el individuo se desarrollen elementos perversos ni instintos verdaderamente anormales: seguramente, guardaría todos los respetos a las tradiciones sexuales de sus mayores y a la religión a cuya sombra había vivido hasta entonces; pero es que ni la moral, ni los prejuicios, ni los convencionalismos sociales, son capaces de resarcirle con otros placeres de los deleites a que se vería obligado a renunciar en virtud de esas razones que le impulsaban a limitar su descendencia, y, por tanto, el único recurso menos ilícito de satisfacción erótica que puede hallar, puesto que se halla enamorado de su cónyuge, es el que se contiene en el área de la perversión, de la desviación del impulso, que es también la desviación de la semilla fecundante.

Esta es una razón poderosa; pero hay otras más. Ya hemos hablado extensamente del afán de variación sexual y erótica que, comprendiendo a los dos sexos, se estabiliza más firmemente en el hombre que en la mujer. La parte psíquica de la sexualidad, impulsa a la realización de toda clase de fantasías eróticas, cuya iniciativa parte del hombre con más frecuencia que de la mujer, lo que se explica perfectamente en virtud de la mayor violencia del impulso sexual masculino.

En tales condiciones, las perversiones se desarrollan de una manera casi imperceptible; se empieza por curiosidad, se sigue por hábito y se termina por necesidad. El proceso ha sido lento y el desarrollo se ha efectuado en un ambiente de recíproca armonía, ya que la imaginación suele adaptarse fácilmente a los actos materiales que se traducen en impresiones voluptuosas, dejando prontamente a un

lado las prescripciones de la moral y la razón de los convencionalismos, para someterse por entero a la realidad de las compensaciones de los placeres normales—en su aspecto biológico—, compensaciones que no son menos agradables ni más perjudiciales que aquellos otros actos a que sustituyen.

Todo esto ocurre entre los civilizados y en todas las esferas de la cultura, y es probable que los prejuicios sean menores cuanto mayor es el grado de educación, sin duda, porque los refinamientos en todos los órdenes, sí que son un producto de la supercivilización.

No olvidemos, además, que en ninguna religión más que en el Cristianismo, sobreviven los antiguos principios ascéticos, y que no hay moral como la del Cristianismo reformado, que tanto se relacione con el aspecto sexual de la vida, no para ensalzarle, como ocurre en otras creencias, sino precisamente para todo lo contrario. Así, pues, si, a pesar de todas estas teorías e influencias, los civilizados no pueden prescindir en mayor o menor medida del elemento de perversión, que hasta cierto punto es natural en la vida erótica, ¿qué puede ocurrir entre los salvajes cuyas religiones, lejos de imponer trabas a la libre manifestación de los impulsos naturales, estimulan las prácticas eróticas, por considerarlas como el elemento esencial de la felicidad terrena?

La ley de las compensaciones ha sido un hecho lógico en todo tiempo y a través de todos los pueblos. Por esta razón, lo mismo los sacerdotes que los magos, éstos últimos también sacerdotes de otra religión auxiliar y positiva, han sostenido que las luchas y trabajos de la vida que tantos sacrificios imponen y tantos sufrimientos reportan, han de ser compensados con los goces lícitos y nada perjudiciales que también la vida puede reportar.

Las ceremonias mágicas que celebran los hombres de los pueblos de Australia y otras regiones de Oceanía en demanda de las dotes necesarias para el mejor disfrute de los placeres sexuales, pueden parecernos como actos de libertinaje insoportables para la moral de los civilizados. Pero si tenemos en cuenta que el hecho de que los civilizados no se manifiesten públicamente en este aspecto, no quiere decir que en lo íntimo no practiquen actos equivalentes que conducen al mismo fin, se echa de ver, sin lugar a dudas, que es sólo la cultura lo que impide la realización de esos ritos, y no la voluntad, por considerarse que ello sería vergonzoso, pero no porque exista una ausencia sincera de deseos de hacerlo.

Claro es que para que tales hechos tuvieran lugar, sería preciso, además, que la cultura admitiese esas influencias religiosas o mágicas que justifican la actitud de los salvajes; luego resulta que, en este aspecto, somos menos morales que los hombres de los pueblos primitivos, ya que la hipocresía es una de las múltiples formas que adopta la inmoralidad.

Así, pues, todos los actos sexuales que entre nosotros asumen la importancia de perversiones o desviaciones más o menos graves del instinto de la reproducción, no pueden considerarse como tales con relación a los seres primitivos, porque aun en el supuesto de que sus creencias religiosas o mágicas formen parte de esos ritos, resulta que no tienden a reprimir lo que nosotros estimamos como movimientos morbosos, sino que se dirigen a estimularlas, bien con el fin de incrementar la reproducción de la especie, o bien con el objeto de extraer los máximos goces que pueden obtenerse de la erótica.

La magia, que determina la práctica de estas desviaciones del apetito sexual, va asociada frecuentemente con otras ideas secundarias y conceptos diversos, tales como la belleza que tanto influye en la selección sexual. En algunos pueblos de Africa—hotentotes, bosquimanos, azimbas, cafres, etc.—la religión o la hechicería cooperan con sus ideas al desarrollo de estas creencias, fuertemente arraigadas en el espíritu de esas gentes. Citamos a los pueblos aludidos, amén de otros, porque entre ellos se considera como un carácter esencialísimo de la belleza femenina la dilatación exagerada de los pequeños labios.

Por esta razón, cuando las niñas han cumplido un mes de edad, los sacerdotes invocan la protección de los dioses para que doten a la criatura de esos preciados encantos sexuales. Al mismo tiempo, el religioso o el mago instruyen a la madre y a los hermanos mayores, sean hembras o varones, en la ciencia de lograr la dilatación de las ninfas de la niña. Todos los días es necesario que estas personas ejerzan tracciones en el clítoris y en los pequeños labios, que en estas niñas se acusan con más relieve que entre las europeas, a fin de que, al llegar a la edad púber, puedan presentar tan singulares caracteres.

Al referirnos a la masturbación en la mujer, hemos visto que las causas primitivas de dicho hábito no son más que las manipulaciones que accidentalmente puede haber iniciado la niña. Es decir, que cualquier roce practicado en unas partes tan sensibles, provocan una emoción voluptuosa de cuya naturaleza la niña se da perfecta cuenta muy pronto. Pues de esta forma, esos pueblos africanos que tan-

ta importancia conceden a la dilatación de los citados caracteres anatómicos, procuran a la criatura unos deleites que para ellos son naturales, ya que la tracción ejercida sobre esos órganos tiene que determinar el orgasmo por medio de los mecanismos del roce, procedimiento masturbatorio universalmente conocido y que practican hasta los animales.

Puede asegurarse, sin miedo al equívoco, que a los cinco años de edad, las niñas de esos pueblos africanos han adqurido el hábito de la masturbación, llegando hasta el extremo de practicarlo en público, especialmente en los festivales eróticos que con tanta frecuencia realizan estas gentes. Las mujeres hotentotes, según refiere Fritsch, no necesitan esperar a que lleguen los días de fiesta para practicar en público este hábito, porque se considera como una costumbre elegante del país. Se cantan canciones alusivas a ello, y muy particularmente a la belleza que adquiere la mujer con tal hábito. Y los sacerdotes, que, naturalmente, han de marchar de acuerdo con el espíritu de las costumbres, procuran sostener la creencia, porque saben que, si las mujeres dejasen de ostentar esos caracteres tan apetecibles, los hombres buscarían sus esposas y amantes fuera de la tribu, practicando la exogamia, lo que se opone a la pureza de las tradiciones seculares de este pueblo.

Son muchos factores, como vemos, los que contribuyen a la práctica de estas costumbres que a nosotros se nos aparecen como una grave perversión sexual. Pero no es difícil entablar una discusión razonable para justificar la necesidad de esos hábitos alentados por la religión, la magia, la hechicería y toda clase de ideas semejantes.

Refiriéndonos, por ejemplo, a los hotentotes, hay que decir, en primer lugar, que se trata de un pueblo vigoroso y bien organizado y sometido a las disciplinas más severas. Son belicosos, audaces y trabajadores; hasta los tiempos de la dominación europea, los débiles y los ancianos eran sacrificados para que no constituyesen cargas sociales. Sólo eran respetados y venerados aquellos ancianos que poseían conocimientos útiles a la comunidad, pero prohibiéndoseles en absoluto toda clase de relación sexual, aun en el caso de que aún estuviesen aptos para estas funciones. Lo mismo se hacía con los hombres débiles y enfermos, pero inteligentes. Hubo uno, según refiere un viajero, que a los veinticinco años de edad perdió las dos piernas entre las mandíbulas de un cocodrilo cuando ensayaba un artificio de su invención para la caza de estos saurios. Sus compañeros no pensaron en salvarle la vida, cuando vieron que había quedado inútil para la caza, y acordaron sacrificarle. No obstante, el mutilado les hizo saber que su invento no estaba perfeccionado, considerando que sería beneficioso para la tribu conservarle la vida, al menos hasta que lograse acabar su artificio.

En efecto, se consultó el caso con los sacerdotes; los cuales reconocieron que la utilidad de aquella vida no estaba perdida por completo. Le curaron como pudieron, y, tan pronto como el joven estuvo restablecido, reanudó sus trabajos y dirigió los ensayos del aparato, que dió los resultados más halagüeños. Entonces no sólo se le conservó la vida, sino que llegó a ocupar un puesto importante entre los jefes de la tribu.

Este simple detalle revela que los hotentotes, aunque hayan practicado el canibalismo, no son tan salvajes e inhumanos cuando se trata de algo que afecte a la economía general de la comunidad.

Pues bien, a pesar de esto, la realización del matrimonio requiere de una larga enseñanza prenupcial y de largas pruebas de resistencia física y de disciplina mental, como base de un remoto principio eugénico. Los matrimonios son más bien tardíos, principalmente en lo que se refiere al hombre, el cual no puede pensar en crear una familia hasta que no está en condiciones de darse cuenta de la grave responsabilidad que contrae con sus convecinos. Las mujeres tampoco deben casarse hasta que no están perfectamente desarrolladas en cuanto a sus caracteres físicos y han pasado por once menstruaciones normales.

Así resulta que, en virtud de esa especie de magia erótica de la belleza de los órganos genitales, están autorizadas libremente para satisfacer sus impulsos sexuales tan prematuramente despertados, como si ello fuese una solución del problema erótico o sexual normal, o, por mejor decir, un recurso lícito para poder esperar la hora del matrimonio o de las relaciones sexuales normales y reproductivas.

La religión se opone a los matrimonios prematuros, porque sus productos no pueden ser todo lo vigorosos y sanos que requieren los sagrados intereses de la tribu. Las relaciones carnales antes de tiempo son condenadas por los sacerdotes, autoridades supremas en estas importantes cuestiones. Pero, en cambio, como ya hemos dicho, autorizan la práctica de la masturbación, sin que pueda considerarse vergonzosa ni deshonrosa como ocurre entre nosotros, ya que los mismos sacerdotes tienen a su cargo la iniciación de esta práctica que tiene el doble aspecto de procurar la belleza representativa del má-

ximo atractivo sexual, y, además, el medio de satisfacer el impulso que, hasta una edad determinada, no debe manifestarse en sus formas naturales y perfectamente útiles a los intereses de la raza.

A pesar de que está demostrado que los hábitos masturbatorios producen, al cabo de algún tiempo, un estado de indiferencia o de frigidez ante la práctica de las relaciones normales, en los hotentotes no se observan estos trastornos, y eso que el hábito lo adquieren las mujeres casi en el momento de nacer. Al contrario, consideran estas salvajes que los deleites obtenidos por los caminos normales son mucho más completos que aquellos que practicaron en su vida célibe, porque permiten un largo contacto con sus maridos. No se conocen tampoco los casos de demencia masturbatoria, de priapismo o ninfomanía, que suelen ser las consecuencias, casi ciertas, de la práctica excesiva de la masturbación entre los civilizados.

Un médico italiano que visitó el país de los hotentotes, tuvo ocasión de comprobar que, a pesar de la libertad que tienen estas mujeres para cometer estos actos, no abusan jamás de ella, limitándose a practicar la masturbación cuando se hallan realmente excitadas, bien a consecuencia de un trabajo muscular, más o menos fuerte, o también en virtud de la costumbre que tienen de alargarse los pequeños labios, que es lo que constituye el llamado "delantal de las hotentotes".

Varios sacerdotes, hechiceros y jefes manifestaron al citado médico que la mejor manera de mantener a las gentes en estado de pureza (?), consistía en elevar estas costumbres a la categoría de actos religiosos. Claro es que, para los hotentotes, la "pureza de costumbres" es todo aquello que contribuye a la procreación de individuos sanos y vigorosos, sin olvidar que, por lo general, se someten por entero a todas las leyes de la Naturaleza.

Hemos visto, pues, cómo una perversión sexual, desde luego la menos grave y más frecuente, tiene un carácter esencialmente religioso—y humano—en uno de los pueblos de más rudimentaria cultura de la tierra, y cómo se explican su utilidad, tan fácil de comprender, estas gentes primitivas.

Ahora bien, hay otros pueblos entre los cuales estas costumbres adoptan aspectos mucho más graves, puesto que se refieren a verdaderas perversiones, ya que en su práctica no entra para nada el motivo fundamental de la procreación. Pero si bien es cierto que, en su esencia, falta este motivo, a lo mejor ocurre que la práctica de esas ceremonias obedece a muy poderosas razones sociales o afectan a la salud del individuo, es decir, a la conservación de la especie en el mejor estado. Claro es que todas esas ceremonias, más bien de hechicería que religiosas, se refieren a la sexualidad en cualquiera de sus aspectos.

Así tenemos en el África occidental que, entre las imágenes de los dioses tutelares de ciertas tribus, se adoran unos fetiches obscenos cuyo contacto tiene diversas virtudes. La esterilidad de la mujer se remedia por medio de la masturbación vaginal—costumbre que también se observa en la India—valiéndose de una imitación fálica de que están provistos esos ídolos. El mismo remedio se aplica contra la frialdad amorosa de estas mujeres de mucosas poco menos que insensibles a los roces normales del coito.

En ciertas épocas del año, especialmente en la primavera, se organizan festivales, a los que acuden todos los hombres y mujeres que padecen algún trastorno de las funciones de reproducción. Los sacerdotes entonan cánticos y rezos ante estas divinidades, a las que piden su intervención con el fin de que los enfermos se vean libres de sus trastornos.

El ídolo que reproducimos representa a un ser hermafrodita, ya que ostenta los caracteres sexuales primarios de los dos sexos. El instrumento que tiene entre las manos es la réprestentación fálica con la que los sacerdotes masturban a las mujeres que se someten a tan curiosos tratamientos. Esta práctica se efectúa hasta el momento en que la mujer experimenta el orgasmo, en cuyo caso se puede considerar curada y en disposición de someterse a las caricias de su marido. Pero, en realidad, cuando se trata de un trastorno grave, la curación no es posible obtenerla durante la ceremonia, en cuyo caso la mujer deberá alquilar a los sacerdotes uno de estos instrumentos, los cuales, para ser eficaces, tienen que haber estado unos minutos entre las manos del ídolo, mientras el religioso reza unas oraciones. (Lámina I.)

Estos aparatos los utiliza la mujer para masturbarse. Para lograr los efectos que se propone, debe rezar varias oraciones o pronunciar determinadas palabras mágicas, las cuales tienen la propiedad de ahuyentar a los malos espíritus y atraerse la protección de los dioses tutelares.

Pero estos ídolos no son de uso exclusivamente femenino; también los hombres débiles tienen que recurrir a sus virtudes curativas practicando la masturbación anal. Así se dan casos de que un mismo instrumento sirva para remediar los males de ambos cónyu-

ges, los cuales pueden servirse del suplemento del ídolo hasta q lo consideren conveniente.

Si, a pesar de toda la magia, el hombre no recobra su virili entonces tiene que recurrir de nuevo a los hechiceros-curand los cuales prescriben al paciente un remedio directo, es decir, q se someta a las habilidades de determinados sacerdotes secunda los cuales prescriben al paciente un remedio directo, es decir, q potente debe pagar cierta cantidad a los sacerdotes y, además, m tener a su "médico", que también debe hacer todo lo posible por grar la curación de la esposa del paciente, si los remedios del id no fuesen todo lo eficaces que se desea.

Entre estas gentes, los invertidos activos, que no suelen ser rareza, actúan y viven poco menos que en olor de santidad. Por general, los hechiceros especializados en las cuestiones sexuales sido antes pederastas activos, y cuando la potencia les abandona refugian en la calma de sus cuevas o chozas monásticas.

En la india, es el "ligham", o sea la imitación de los órganos xuales masculinos, lo que se aplica para estos menesteres. Lo mis se combate la esterilidad de la mujer que de la vaca o la cabra: hay más que lograr que se produzca el orgasmo, para que el t torno quede curado.

El bestialismo como práctica religiosa es conocido en muc pueblos de la antigüedad y en muchas tribus de Oceanía y Afr El "Korán" aconseja su práctica para la curación de las dolen sexuales, y también cuando se viaje por el desierto sin mujere no puede cometerse el adulterio. Los hombres podrán practica acto sexual con bestias o con negras—que para el caso, según e es igual—, siempre que se tenga el pensamiento puesto en Alah todopoderoso y magnánimo.

El mismo libro santo autoriza la masturbación y el onanismo ciertas ocasiones, lo mismo que la aposición de la boca a los ór nos genitales, no como fin, sino empleándolo como medio para p ducir el necesario grado de excitación sexual.

En el "Kama-Sutra", libro religioso de los antiguos indios, habla así de la "auparishtaka" (1) o "congreso bucal":

(1) Según un autor, esta práctica parece haber sido usada muy antiguam te en ciertos lugares de la India. La «Sushruta», una obra de medicina que s monta a dos mil años, describe, hablando de las enfermedades de que trat herida hecha en el ligham con los dientes. Se encuentran huellas de esta p tica en el siglo VIII: en efecto, existen escenas pintadas de «auparishtaka

"Hay dos clases de eunucos: los unos, disfrazados de mujeres, imitan a éstas en todo: vestidos, conversación, gestos, timidez, simplicidad, dulzura y modestia. Los actos que se operan en el "jaghana" o parte media del cuerpo de la mujer se hacen en la boca de estos eunucos, y es lo que se llama "auparishtaka". Estos eunucos encuentran en el congreso bucal un placer de imaginación al mismo tiempo que un modo de ganarse la vida y llevar el fasto de las cortesanas, sobre todo los que se disfrazan de mujeres.

"Los eunucos vestidos de hombres tienen sus prácticas secretas, y cuando quieren ejercer una profesión, eligen, generalmente, la de masajista. Con el pretexto de daros masaje, los eunucos de esta clase abrazan y atraen hacía él los muslos del cliente macho. Después les frotan las ingles y jaghana o parte media del cuerpo. Si encuentran entonces el ligham en erección, lo cogen con las manos y lo manipulan para retenerlo en este estado. Si, después de esto, y conociendo su intención, el cliente no dice al eunuco que continúe, el eunuco se encarga de hacerlo, y comienza el congreso bucal. Cuando, por el contrario, el cliente le dice que continúe, el eunuco se niega, y no consiente sino con dificultad.

"El eunuco realiza, generalmente, una serie de ocho operaciones, practicadas una después de la otra, a saber:

"1. Congreso nominal.
"2. Mordisqueo de los lados.
"3. Presión exterior
"4. Beso.
"5. Presión interior.
"6. Frotamiento.
"7. Succión del ligham.
"8. Absorción.

"Terminada cada una de estas operaciones, el eunuco expresa su deseo de cesar en su labor; pero después de la primera, el cliente pide la segunda, luego la tercera y así hasta el final.

"1) Cuando teniendo el ligham del hombre entre sus manos y colocándolo entre sus labios, el eunuco lo pasea por el exterior de su boca, esto se llama "congreso nominal".

muchos templos de Shiwa, cerca de Kattak, que han sido construídos hacia esta época. Las pinturas a que nos referimos hacen pensar qne esta práctica era entonces muy popular en ciertas regiones. No parece que goce ahora del mismo favor en el Indostán, quizá por haber cedido el puesto a la sodomía, introducida después del período mahometano. (Del «Kama-Sutra».)

"2) Cuando apretando la parte alta del ligham con sus dedos, y excitándolo hasta tenerlo en forma de botón de una flor, el eunuco oprime los lados con sus labios, sirviéndose también de los dientes; esto se llama "el mordisqueo de los lados".

"3) Cuando el eunuco coge el extremo del ligham con sus labios cerrados y lo besa como si quisiera absorberlo, esto se llama "presión exterior".

"4) Cuando, teniendo el ligham en su mano, el eunuco lo besa sin transportes, como si besara el labio inferior, esto se llama "beso".

"5) Cuando introduce el ligham más adentro en su boca, lo aprieta con los labios y en seguida lo suelta violentamente, esto se llama "presión interior".

"6) Cuando, después de haberlo besado, lo acaricia por todas partes con la lengua y particularmente por la extremidad, esto se llama "frotamiento".

"7) Cuando el eunuco introduce la mitad del ligham en su boca y lo chupa con fuerza, esto se llama "succión del ligham", y es la práctica que produce mayor deleite.

8" Por último, cuando, con el consentimiento del hombre, el eunuco introduce en su boca todo el ligham y lo aprieta hasta la raíz, como si fuera a tragarlo, esto se llama "la absorción".

"La "auparishtaka" se practica también por mujeres disolutas o libertinas y por sirvientes solteras que quieren gozar guardando la doncellez.

"Los Acharyas (antiguos y venerables autores) opinan que el congreso bucal es propio de perros y no de hombres, porque es una práctica baja y prohibida por la Santa Escritura y porque el mismo hombre sufre y se agota al poner su ligham en contacto con las bocas de eunucos y de mujeres. Pero Vatsyayana sostiene que las prohibiciones de la Sagrada Escritura no se aplican a los que frecuentan a las cortesanas, y que la práctica del "auparishtaka" no está prohibida más que a las mujeres casadas. En cuanto al daño que puede hacer al hombre, es fácilmente remediable, no entregándose a este placer con excesiva frecuencia.

"Las gentes de la India oriental no se dirigen a las mujeres que practican la "auparishtaka".

"Las gentes de Ahichhatra se dirigen a estas mujeres, pero se abstienen de todo contacto con la boca.

"Las gentes del país de Shurasena lo hacen todo sin vacilación; porque, según dicen, siendo las mujeres poco limpias por naturaleza,

nadie puede estar cierto de su pureza, de su conducta, de sus prácticas. En fin, Vatsyayana opina que en todas estas materias de amor, cada uno debe obrar conforme a los usos de su país y con su propia inclinación.

"Sobre esto hay también algunos versículos cuyo texto dice:

"Los servidores de algunos hombres practican con sus dueños el congreso bucal. Hay también ciudadanos que, conociéndose bien los unos a los otros, lo practican entre ellos. Algunas mujeres de harén, cuando se sienten inflamadas de deseo, obran con su boca en los yonis la una de la otra, y ciertos hombres hacen lo mismo con las mujeres. Para hacer esto (es decir, para besar el yoni) se imitará el beso en la boca. Cuando un hombre y una mujer están acostados en sentido inverso, es decir, la cabeza del uno hacia los pies del otro y se entregan a esta especie de congreso, esto se llama "el congreso del cuervo".

"Estas prácticas apasionan de tal manera a algunas cortesanas que abandonan amantes distinguidos, honrados e instruídos, para entregarse a personas de baja condición, tales como esclavos o conductores de elefantes. La "auparishtaka" o congreso bucal no debe ser practicado por un brahman letrado, por un ministro encargado de negocios de un Estado, por un hombre de buena reputación; porque si la práctica es permitida por los Shastra, no hay razón para que se realice, si no es en ciertos casos particulares. Así, por ejemplo, se menciona en los libros de medicina el gusto, la fuerza y las cualidades digestivas de la carne de perro, pero de aquí no se sigue que todo el mundo deba comerla. Un hombre debe, en consecuencia, considerar el lugar, el tiempo y la práctica que se trata de operar, si conviene a su naturaleza y a él mismo; después de lo cual podrá o no entregarse a ella, según las circunstancias.

"Pero, después de todo, siendo tan discrecionales estas cosas y el espíritu del hombre tan variable, ¿cómo saber lo que hará una persona en tal o cual tiempo y por tal o cual objeto?"

Todas estas manifestaciones se contienen en un libro sagrado, referentes a la perversión sexual, que conocemos con los nombres de "cunnilingus" y "fellatio", o sea la masturbación bucal en los dos sexos. También este tratado de la erótica habla con extensión de la perversión algolágnica en formas tan graves como las que pueden producir la muerte, ya que se citan los casos de varias mujeres que murieron a manos de sus amantes a consecuencia de estas prácticas brutales.

Ya hemos estudiado en otro volumen la influencia del factor autoerótico en la religión, y no hemos de insistir sobre tal punto. Esas sectas de flagelantes que florecieron en los conventos de la Edad Media, no eran más que sádicos y masoquistas que practicaban el autoerotismo con la intención secundaria de agradar a Dios. Pues en algunos pueblos incultos de todo el mundo, nos encontramos hoy con manifestaciones idénticas, no ya asociadas íntimamente con la tendencia de un impulso específicamente religioso, sino en relación directa con la sexualidad.

En ciertas islas de la Melanesia, los negros creen en varias divinidades eróticas y en otras que sólo se adoran cuando la finalidad de los contactos sexuales se aspira a que sea la procreación. Refiere un autor que en los pueblos de la costa se practican diversas formas de comercio carnal estéril, bien cuando se desea no tener hijos, o cuando se teme que los recursos económicos no pueden ser suficientes para subvenir a las necesidades de una familia algo numerosa.

En estos casos, la práctica más frecuente es la masturbación bucal recíproca, o sea el «congreso del cuervo», como dicen los erotólogos indios de la antigüedad. Sin duda, en virtud de la escasa sensibilidad de las mucosas genitales de las mujeres, se procede antes del acto a producir una excitación que podemos llamar artificial, frotando la vulva de las mujeres con mostaza, aplicándoles un trozo de pescado seco muy salado, o recurriendo a la urticación. Ciertas moscas que se crían en los árboles, que seguramente son cantáridas o pertenecen a dicha familia, se reducen a polvo, con el cual se frotan los hombres el miembro viril. Después de tales prácticas se celebra el «congreso» aludido, del que naturalmente no puede derivarse ninguna consecuencia biológica.

La administración de estas drogas está reservada a los sacerdotes y hechiceros, y ninguna persona puede emplearlas sin su consentimiento. No obstante, hasta que no se ha tenido un hijo no se puede recurrir a tales procedimientos, pero a partir de esa fecha, los matrimonios pueden practicar toda clase de métodos eróticos anormales con tal de no tener familia.

La operación «mika» de los australianos, que consiste en perforarse el pene, a fin de que el licor espermático pueda ser desviado con facilidad, impidiéndose así la fecundación, fué practicada por primera vez en tiempos tan remotos, que de ellos no se tiene noticia. Esta costumbre de inspiración que pudiéramos decir mal-

thusiana o anticoncepcional, no es una perversión, aunque se crea que son perversos todos los actos sexuales que se realizan para impedir la procreación. Pero si vemos que dichos salvajes recurren a estas operaciones dolorosas y no exentas de peligros con el deseo de no tener hijos, huelga decir que han de existir formas claramente perversas de satisfacción erótica que impliquen, esencialmente, la seguridad de no comprometerse con un embarazo.

Contrariamente a lo que pudiera suponerse, esta medida contraconceptiva que se manifiesta de muy variadas maneras, pero procurando siempre las máximas compensaciones eróticas, no se cree entre estos indígenas que obedeciese a la iniciativa de los hombres; se sostiene que el deseo de no tener hijos impulsó a las mujeres a obligar a sus maridos a que se hiciesen la dolorosa operación. No obstante, en virtud de la gran vitalidad de los gérmenes masculinos, se registran casos en los que una mujer queda embarazada por el comercio carnal con un hombre que se haya practicado la operación «mika». Entonces, la mujer a quien ocurre tan gravísimo percance, aunque no renuncie a la parte erótica de la vida, recurre al consejo del hechicero o del religioso que vive en contacto con los poderes religiosos o mágicos de la tribu, el cual prescribe la adopción de un sistema de perversión que no entrañe esos peligros que a toda costa deben de evitarse. Y es porque la mujer está obligada a trabajar constantemente con más intensidad que los hombres, ya que las condiciones de la vida de estas gentes son duras siempre, y el embarazo y el parto representan accidentes que dan lugar a una reducción notable de las actividades económicas que necesariamente asumen la mayor importancia en la vida de la tribu.

El caso esencial es, pues, impedir la fecundación sin renunciar a los placeres eróticos, tanto más necesarios cuanto más difíciles son las condiciones en que se desenvuelve la existencia, porque en ellos encuentran estos salvajes la compensación de los dolores y trabajos que la vida impone a todos.

Naturalmente, el interés de estas cuestiones no es sólo social, sino también religioso, porque todas las religiones primitivas y que se conservan puras marchan siempre de acuerdo con las demás manifestaciones de la vida de sus adeptos, y muy especialmente con los aspectos que más directamente afectan a la esfera económica y social de esos pueblos.

Lo mismo se rinde culto a los fetiches representativos de los

poderes de la procreación, que del amor estéril, y de los cuales
espera la necesaria protección para el mejor logro de los fines
se persiguen. Esta libertad de aceptar o rechazar, según convenga
las consecuencias de la función normal de los sexos, parece una
aportación revolucionaria de los tiempos nuevos. El derecho
amor no puede negársele a ningún sér humano, porque obedece
un impulso, a una función natural del entendimiento. Esos plac
res que tantísima importancia tienen en el desarrollo del intele
y que representan tanto como un estímulo de la vida, deben ind
pendizarse por completo de las consecuencias naturales en un sis
tema también natural de vida. Pero mientras la vida haya de est
subordinada a un sinfín de factores de diversa índole que gen
ralmente se oponen al desarrollo de la facultad procreadora, no e
posible renunciar a las ventajas del individualismo psíquico aun
que las circunstancias materiales se opongan al desarrollo de la
energías físicas.

Lo que entre nosotros se estima como una razón moral, a l
que se supeditan las cuestiones materiales mucho más importan
tes, ya que si es cierto que «no sólo de pan vive el hombre», tam
poco es posible centrarse en la vida de una manera puramente es
piritual, todo eso que nos oprime con las cadenas hechas por la
religión, por las leyes, por las costumbres y la moral en suma, es
comprendido por los pueblos salvajes de una manera bien distin
ta. Su cultura no es rica en medios compensadores materiales, por
lo que naturalmente tienen que someterse a la realidad de los he
chos.

Allí donde los recursos económicos son escasos y esa escasez
no puede ser transformada en abundancia, no queda más remedio
que limitar el consumo de esos productos o practicar el canibalis
mo. Muchas tribus de Africa y Oceanía solucionaban así sus pro
blemas de alimentación hasta no hace tanto tiempo. Las guerras
no tenían otra finalidad económica—siempre fué la economía la
finalidad de las guerras—que apoderarse de las gentes de otras
tribus para venderlas como esclavos o para comérselas como nu
tritivos manjares.

Pero el canibalismo, a pesar de todo, no ha sido más que un
recurso supremo, y en aquellos pueblos en que los recursos natu
rales eran suficientes, jamás se llegó a tales extremos. El canibá
lismo, no cabe duda, se hallaba siempre asociado a la religión, a
la magia o la hechicería, porque siendo universal el sentido reli-

gioso de la perpetuación de la especie, había de serlo también todo
lo referente a la supresión de la vida humana.

Precisamente, los sacerdotes y magos, que sin duda eran las
gentes más letradas de esas tribus, no aceptaban siempre los sacri
ficios humanos como base de la alimentación de los seres vivos.
Entonces era fácil comprender que la única forma de no hacer más
difícil el problema de la vida, consistía en adelantarse a Malthus
y adivinar el sentido de su célebre ensayo, comprendiendo que, en
efecto, mientras la población aumentaba siguiendo la progresión
aritmética de 1, 2, 4, 8, 16, etc., las subsistencias no salían de su
ritmo matemático de 1, 2, 3, 4, 5, etc. Así, pues, no quedaba más
remedio que limitar la descendencia para evitar la miseria, el ca
nibalismo, las enfermedades y toda esa serie de circunstancias ca
lamitosas que destruyen a los pueblos y acaban con la raza. En
tonces, seguramente, sería cuando los mismos sacerdotes recurrie
ron a prescribir toda esa serie de prácticas que entre los civiliza
dos se conocen bajo el título de perversiones sexuales, y que para
los salvajes no pasan de ser tanto como un signo de la defensa que
a las leyes más o menos naturales opone el instinto de conser
vación.

EL HOMOSEXUALISMO ENTRE LOS SALVAJES

La inversión y la intelectualidad.—Indiferencia de los pueblos salvajes ante la homosexualidad.—La pederastía como contraconceptivo. Cómo se educan los niños para la prostitución masculina.—En Alaska.—Los «cudinhas» brasileños.—Los «burdash» de Montana.—El «boté».—Los invertidos tahitianos.—La inversión sexual en otros pueblos.—La homosexualidad femenina.—Caracteres de las salvajes invertidas.

La inversión sexual de las gentes de los pueblos primitivos no suele ser, como entre los civilizados, una manifestación de superior intelectualidad, que es lo que ocurre la mayor parte de las veces en los casos que se prestan a ser examinados con cierto detenimiento. Repetimos, como ya se dijo en otra ocasión, que no siempre es posible decir que la inversión sexual congénita o adquirida ha de ser interpretada como un signo de superior cultura ; pero si afirmamos que precisamente las gentes más cultas parecen hallarse mejor dispuestas a admitir esas deformaciones del impulso sexual, no nos equivocamos demasiado.

Todas las razones morales, sociales o religiosas que contribuyen a refrenar esas inclinaciones de oscuro origen biológico entre los civilizados, por ser un producto de la cultura, huelga decir que no existen entre las gentes de los pueblos incultos en los que el dominio del instinto no reconoce trabas de ningún género. Puede existir el tabú, la prohibición de índole mágica o religiosa, que hasta cierto punto limita el radio de acción de las manifestaciones impulsivas; pero según las informaciones de los antropólogos, no parece ser que la homosexualidad esté gravada con penas muy serias de gran influencia restrictiva, por considerarse que estas inclinaciones son más bien un resultado de la ausencia de medios

naturales de satisfacción erótica que el producto de una deforma-
ción del instinto sexual.

No obstante, la historia nos habla de la pederastia como medio
de limitar la procreación. Aristóteles escribió hace muchos cente-
nares de años que entre los cretenses estaba legalmente autorizada
la pederastia, con el objeto de aminorar el aumento de población
que crecía en proporciones aterradoras en relación con la capacidad
productiva del suelo cretense.

Esta perversión, puesto que no es posible decir que se trate de
casos justificados por una predisposición natural, sino que apare-
ce como un resultado de las necesidades sociales, la encontramos
en numerosos países fuertemente arraigada.

Lo que ocurre es que al cabo de algún tiempo de entregarse a
estas relaciones anormales, el individuo termina por habituarse, es
decir, por adquirir la perversión, a la que se entrega durante una
gran parte de su vida como único método de satisfacción, según
ocurre entre los musulmanes, los chinos, algunas tribus indias
oceánicas, etc.

No obstante, en la antigüedad por lo menos, muchos pueblos
salvajes llegaron a condenar el homosexualismo con la pena de
muerte, como ocurría en Méjico, Perú, Persia, China, la India y
entre los hebreos y mahometanos, que consideraban las relaciones
carnales entre hombres como el más grave atentado contra las le-
yes de la religión.

Pero hay un pueblo, Nueva Guinea, donde la homosexualidad
se practica con regularidad cuando no se desea la procreación, al
mismo tiempo que en otras tribus del país se recurre a la fecun-
dación artificial. Este raro contraste, tratándose de gentes que ha-
blan la misma lengua y profesan idéntica religión, se explica por-
que los antinatalistas viven en el interior y dominados por los
otros, los cuales disponen de mayores elementos de vida que los
oprimidos.

Las prohibiciones que antiguamente pesaban sobre las gentes
de los países aludidos, quedaban anuladas en tiempo de guerra
para los combatientes. Estos quedaban en libertad de resarcirse de
la falta de sus mujeres por cuantos medios pudieran arbitrarse,
entablándose entonces fuertes lazos de amistad puramente homo-
sexual que no impedía a estos individuos violar a las mujeres de
los países conquistados, que de siempre ha sido la primera contri-
bución de guerra que los vencidos han pagado a los vencedores.

Entre los «rajphutas» y «shiks» de la India, tal vez las castas
más belicosas y viriles de todo el Asia, no era un delito, sino todo
lo contrario, entregarse a las prácticas homosexuales durante los
descansos en los campamentos. La tradición estaba tan arraigada,
que aunque acompañasen mujeres a los guerreros, éstos las desde-
ñaban para entregarse a las pasiones pederásticas.

En toda América nos encontramos con el mismo fenómeno. Un
autor dice que los actos homosexuales han sido considerados como
honoríficos por algunas tribus, en otras se han visto con indiferen-
cia y en ocasiones con desprecio, aunque lo cierto es que siempre
han sido, al parecer, tolerados, y sin que por ello hubiera razón
para aplicar penas.

Langsdorff, refiriéndose a las costumbres de los indígenas de
Alaska, dice: «Los niños, si son hermosos, son criados como si
fueran niñas, e instruídos en las artes empleadas por las mujeres
para agradar a los hombres; se les arranca el bigote según va
apareciendo; se les tatúa la barba como a las mujeres; llevan en
las piernas y en los brazos adornos hechos con cuentas de vidrio,
el pelo atado y cortado como las mujeres, a las cuales sustituyen
como concubinas de los hombres. Esta escandalosa, antinatural e
inmoral costumbre se conoce aquí desde los tiempos más remotos;
ninguna medida se ha adoptado para suprimirla o coartarla; tales
personas se distinguen con el nombre de «schopans».

Lisianski, en su libro «Voyages», habla también de estos in-
dígenas, diciendo que aunque las madres parecen muy cariñosas,
educan sus hijos para la prostitución, añadiendo: «De todas las
costumbres de estos isleños, la más repugnante es la de los hom-
bres llamados «schopans», que viven con los hombres ocupando el
lugar de las mujeres. Desde su infancia se crían entre mujeres y
se les enseñan todas las artes femeninas y adoptan el traje y las
maneras de las mujeres, con tal perfección que un extranjero los
tomaría por lo que no son. Esta odiosa costumbre ha estado tan
extendida, que la presencia de uno de estos monstruos en una casa
se consideraba como circunstancia afortunada; sin embargo, va
decayendo de día en día.»

El mismo autor refiere el caso de un sacerdote católico de las
misiones, el cual logró muchos adeptos en el país. Naturalmente,
empezó por actuar de casamentero, que es el primer paso que en
países salvajes dan los propagandistas de la fe cristiana, y tanto
quiso extremar su celo, que al celebrar una ceremonia matrimo-

nial no se dió cuenta de que un hombre pretendía unirse a u
«schopan», de lo que hubo de advertirle un intérprete que casual
mente presenció la escena.

A pesar de que las costumbres se han transformado bastante
en los tiempos actuales, cuando un niño tiene apariencia femen
na, se le dedica a ejercer de «schopan», de lo que se encarga s
madre y las demás mujeres de la familia, con el fin de entregarl
a los pescadores que marchan a las regiones polares en la época d
la pesca de la ballena.

Entre los naturales de la Florida y el Yucatán, muchas faen
domésticas son desempeñadas por hombres vestidos de mujere
que a la vez prestan servicios de otra naturaleza al dueño de
casa. Otro tanto ocurre en algunas tribus brasileñas, donde los i
vertidos reciben el nombre de "cudinhas". Se dedican a oficios fem
ninos, y sus ademanes, su voz y su género de vida son completame
femeninos, costando gran trabajo descubrir su condición a los de
conocedores de tales costumbres. Por lo general, no gozan de
consideración del resto de las gentes, pero tampoco son peor tr
tados que lo sean las mujeres.

El «cudinha», que también es llamado «paneleiro», suele s
muy solicitado por los cazadores que tienen que permanecer alg
nos días alejados de sus mujeres. Se les paga para que ayuden
portar las armas, recoger la caza, hacer la comida y sustituir a
esposa del cazador en las demás funciones propias de su sexo. P
lo general, estos invertidos son individuos discretos que nunca r
velan ciertas intimidades de la vida de sus amigos, porque mie
tras los indígenas toleran la existencia de los «cudinhas», cons
deran que es poco honorable mantener con ellos ciertas relacione

El doctor Holder ha estudiado las costumbres homosexuales
las tribus del Noroeste de los Estados Unidos, donde existen m
chos invertidos. Los indios de Montana denominan a estos indi
duos con el nombre de «boté», que quiere decir «ni hombre ni m
jer», y los del territorio de Wáshington que los llaman «burdash
o sea «semihombre», «semimujer».

Afirma el citado médico que el «boté» usa vestidos de mujer
su conversación y maneras son femeninas desde los primeros añ
de su vida, aunque la iniciación en la vida sexual anormal no
verifique hasta la pubertad, coincidiendo con las fiestas puberta
de la tribu. Los actos realizados por estos invertidos consisten
la «fellatio», y el «boté» «probablemente, experimenta el orgas

al mismo tiempo». Por lo general, estos individuos no se someten a la práctica pasiva del coito anal, sino que a la manera de los antiguos eunucos de que habla Vatsyayana, procuran placeres sólo por medio de la masturbación bucal o succión del pene.

El doctor Holder tuvo ocasión de examinar un "boté" de magníficas formas femeninas, muy interesante y de salud perfecta, el cual se prestó al examen no sin bastante repugnancia. Refiere el médico que los órganos sexuales no ofrecían ninguna anormalidad, aun cuando su tamaño no correspondiera al del sujeto, pero nunca había tenido relaciones con mujeres. Dice que al despojarse de sus vestidos apretó los muslos, lo mismo que hubiera hecho una mujer tímida, procurando ocultar a la mirada del doctor sus órganos genitales. Asegura que los muslos «realmente», o así le pareció al menos, poseían la misma belleza de formas que los de una mujer. Refiere también que él mismo vió a un «boté» «suplicando a un indio que se sometiera a sus caricias», y cita el caso de «un joven que fué sorprendido varias veces, en una escuela de internos, vistiendo subrepticiamente traje de mujer ; se le castigó, pero, al fin, huyó de la escuela y se dedicó a «boté», cuya profesión ha seguido desde entonces».

Estos individuos no desempeñan, como los del Brasil, la Florida y otras regiones, oficios femeninos. Más bien se semejan en sus costumbres a las de las antiguas hetairas griegas, ya que se trata de individuos ingeniosos y muy versados en referir anécdotas, entonar canciones y recitar versos. No viven en casas aparte, sino que lo hacen en unión de sus familias, las cuales no consideran deshonrosa dicha profesión. Cuando alguien les solicita, acuden vestidos con sus mejores galas, y entonces se someten a los deseos eróticos de sus clientes, pero sin que pueda decirse que practican la pederastia.

Las islas del Pacífico son citadas en todo el Asia como el verdadero paraíso de los homosexuales. Modernamente, muchos turistas europeos y sobre todo americanos, de costumbres «geniales», no ignoran las habilidades eróticas de los "maoos", con cuyo nombre se designa a los profesionales de la homosexualidad.

Donde más abundan estos sujetos es seguramente en Tahití, donde hasta no hace mucho tiempo gozaron de la protección de los jefes. Los «maoos» son de costumbres completamente femeninas, y casi siempre se mezclan entre las mujeres para ejecutar danzas lúbricas. Un viajero de principios de siglo dice que cuando arribó

a una de las islas del archipiélago, el jefe, devoto de las leyes de la hospitalidad, le preguntó si quería que le acompañase por la noche una mujer o un «maoo», «ya que estos últimos eran muy solicitados por los europeos».

Estos invertidos no son mirados con desdén por sus convecinos. Antiguamente se les castraba nada más nacer, y si sus encantos eran notables, pasaban a formar parte de los serrallos de los jefes y de las personalidades de la isla. En la actualidad, los mercaderes chinos domiciliados en las islas son los que principalmente solicitan los servicios de los citados sujetos, los cuales son muy considerados por sus amos, que les prefieren a las mujeres por estimar que son más limpios, menos volubles y, sobre todo, porque con ellos no hay que temer las consecuencias de las enfermedades venéreas ni de los embarazos.

Los «sakalaves» de Madagascar no consideran deshonrosa la homosexualidad, como estiman que la mayor deshonra de una mujer está en ir virgen al matrimonio.

A pesar de los esfuerzos realizados por las autoridades y misioneros franceses, que han logrado introducir el cristianismo, no ha sido posible desarraigar en absoluto la afición que estos indígenas muestran a los encantos de los «sekatra», con cuyo nombre se designa a unos jóvenes que desde su más tierna infancia son educados para substituir a las mujeres.

Son preferidos aquellos que nacen débiles o de apariencia delicada, criándoseles como niñas. Dice Lasnet que «viven como las mujeres y sostienen comercio sexual con los hombres, con o sin sodomía, pagando a aquellos que les agradan". Estos individuos practican la homosexualidad por capricho, y rara vez por necesidad económica. Gozan de la misma libertad que las mujeres, a las cuales tratan de imitar en todo, incluso en los oficios femeninos, en los que los «sekatra» demuestran cualidades que superan a las de las mujeres. Los bordados más primorosos y las labores en paja más delicadas suelen ser debidas al arte de los invertidos, los cuales venden a los extranjeros y turistas estos caprichosos objetos.

Entre los Hovas, también en Madagascar, se conoce a los invertidos con el nombre de «sarimbavys». Ellis, refiriéndose a un trabajo del doctor Rencurel en los «Annales d'Hygiene», dice que los «sarimbavys» se asemejan a los «sekatra», pero que rara vez sostienen relaciones sexuales, y cuando ocurren, la unión es intercrural, o sea solamente de frotamiento de las partes sexuales.

«El sarimbavy», dice, ha sido algunas veces criado como una niña, porque sus padres han deseado descendencia femenina, pero en otros casos el impulso hacia los hábitos y vocación femeninos nace y persiste a pesar de la oposición paterna. Evita la sociedad de los muchachos asociándose con las niñas, y dejan crecer el pelo, sujetándole en un nudo sobre la cabeza; se ocupan en labores femeninas, visten traje de mujer y se depilan la cara. No presentan indicios de anormalidad física ni de infantiiismo, y sus órganos sexuales están bien desarrollados. Sin embargo, tienen los hombros redondeados y el sistema muscular cubierto por tejido adiposo. La voz también se asemeja a la de un eunuco, ofreciendo timbre e inflexión mujeril; la risa es chillona, todo debido, al parecer, a imitación inconsciente. El sarimbavy es de carácter suave y tímido y muy modesto. Aun cuando viven siempre entre mujeres, no tienen impulsos sexuales; la erección es rara, y si realiza algún acto sexual lo hace solamente cediendo a la instancia de la mujer y sin que derive ninguna sensación agradable. Al parecer, no existe en ellos impulso sexual en dirección normal o anormal; Rencurel cree que el sarimbavy forma un grupo separado: el grupo de «invertidos sexuales».

El mismo autor dice que en el Africa Central la pederastia es sumamente rara, aun cuando se observan algunos casos, especialmente en el territorio de Uganda. Afirma que entre los negros de Zanzíbar son muy frecuentes las formas de homosexualidad congénita y adquirida, frecuencia que tiene por causa la influencia árabe. «Los invertidos congénitos, dice, carecen desde la infancia de aptitud para el trabajo masculino, atrayéndoles, por el contrario, las ocupaciones femeninas. A cierta edad comienzan a usar vestidos y peinado de mujer y su manera de ser se afemina por completo. Se asocian solamente con prostitutas y pervertidos y satisfacen el apetito sexual practicando la pederastia pasiva o en otras formas que simulan el coito. Su apariencia es semejante a la de los sodomitas prostituídos, abundantes en Zanzíbar, pero es de notar que los naturales hacen una distinción muy clara entre ambos. Estos últimos son muy despreciados, mientras que se tolera a los primeros por ser lo que son «por la voluntad de Dios».

En el Camerón, los invertidos son bastante considerados por las gentes normales de la tribu. Estos individuos visten igual que las mujeres, es decir, no usan más que un taparrabos, estando la semejanza en el uso de los collares y cintas sobre el taparrabos,

que sólo pueden ser empleados por los individuos del sexo femenino. (Lámina II.)

En el Sudán, los invertidos no son preparados en su infancia para desempeñar el papel de las mujeres. Al contrario, reciben la misma educación que los demás muchachos normales, pero cuando se despiertan en ellos los impulsos homosexuales, se entregan con facilidad a juegos obscenos con sus compañeros, entre los que al cabo de algún tiempo llegan a sustituir por completo a las mujeres.

Estos invertidos son muy simpáticos y son capaces de todo con tal de ser útiles a los extranjeros, especialmente europeos, menos en aquel aspecto de la inversión. Respetan al extranjero tanto, que no considerando la homosexualidad más que como un pasatiempo o algo despreciable y poco serio, jamás acceden a someterse a cualquier intención en este sentido. Son los cantadores y danzarines que animan los festejos, los recaderos y los bufones de la tribu. (Lámina III.)

El doctor Seligman, que estudió cuidadosamente las costumbres de las tribus salvajes del Estrecho de Torres, cita numerosos casos de inversión congénita observados en aquellos naturales, y que sirven de base para explicarse el desenvolvimiento de la homosexualidad en los pueblos primitivos.

Las siguientes observaciones fueron remitidas por dicho doctor a un tratadista, del cual las reproducimos:

«Hiro, mujer de treinta años, hija de un jefe hula. Su talla excede el promedio observado en la mujer hula; su figura es menos redondeada. Las mamas están normalmente desarrolladas, pero presentan la piel arrugada. Parece que sus órganos genitales son normales y velloso el pubis. Cuando niña, prefería los juegos de muchachos, en los cuales se distinguió siempre. Siguió asociándose con muchachos y evitando la compañía de su propio sexo. Se negó a vestir faldas hasta la edad de la pubertad, cuando se obligó con amenazas a adoptar el traje femenino. No ha presentado ninguna anormalidad en sus relaciones sexuales, y abortó dos años después de la aparición del período. Ahora trabaja como hombre en el jardín, usando grandes azadones y acarreando pesadas cargas: Ha rehusado, por lo menos, tres ofertas de matrimonio, y vive con su madre. No se sabe que haya tenido nunca relaciones homosexuales, o, en todo caso, no han sido bastante ostensibles para llamar la atención.

»Gima, hombre de unos treinta años. Se dice de él que desempeña el papel pasivo en la pederastia. De apariencia masculina, activo, valiente, enérgico, no posee redondeces impropias ni depósitos adiposos. También se dice que tiene tatuados los muslos y la región lumbar como las mujeres y que comenzó las prácticas homosexuales a la edad de la pubertad. Después se casó, pero no ha tenido descendencia, se ha divorciado por infidelidad de su cónyuge.

»Umase, varón de cincuenta años, de la tribu Garia, imita a las mujeres en el trabajo doméstico y de campo y en su trato social. Es soltero. Pectorales y órganos genitales normales, aunque de pequeño tamaño, velloso el pecho y pubis. La voz es chillona. Se asocia con mujeres y las acompaña en sus tráficos comerciales. Nunca caza, pero es guerrero y homicida eficaz. Se dice que su sexualidad ha sido normal durante la juventud.

»Las tres observaciones citadas se hicieron en la Nueva Guinea inglesa. En Sarawak (Borneo), el doctor Seligmann encontró a un mahometano de treinta años, al cual se atribuía el papel pasivo en la pederastia. Es más bien de figura delicada, pero no pequeño. Lleva mantilla de encaje sobre la cabeza, a la manera de las prostitutas y, a veces, el traje completo de la mujer. Su voz es suave, pero no chillona. Prefiere la sociedad de las mujeres, sentándose a su lado en la casa, siempre que puede hacerlo, y trabaja con ellas en los campos, etc. Es buen sastre. Mamas y órganos genitales normales. No se ha casado y se cree que jamás ha tenido relaciones sexuales normales.»

En la Colonia del Cabo de Buena Esperanza habita una tribu que se dedica a la agricultura y el pastoreo de grandes rebaños de ganado lanar. Estos individuos son, por lo general, poco robustos, débiles, cobardes y vengativos, y según me refiere un marino mercante, sus ademanes y costumbres más parecen propios de mujeres que de hombres. No me es posible aportar más datos referentes a tales individuos, pero es lo cierto que la marinería de ciertos barcos, cuando trata de «hacer carne», procura embarcar a algunos de estos salvajes, los cuales desempeñan el oficio de cocinero, según los datos de su rol de embarque, y otros inconfesables de los que se sirve la marinería durante los largos viajes que realizan estos buques.

Donde más extendida se halla la homosexualidad es entre los árabes. Seguramente no habrá pueblo alguno en el orbe donde los vicios contra natura alcancen las proporciones que se observan en-

tre estas gentes, a las cuales autoriza su religión, en gran parte, para violar sin sanciones divinas todas las leyes del amor natural.

El coito anal se practica con la mujer con harta frecuencia. Hay una parábola que dice. «Habiendo encontrado Ahmet obstruída por inmundicias la puerta principal de su casa, no tuvo más remedio, para no mancharse, que entrar por la puerta trasera.» Esta es la explicación que da el buen musulmán cuando su mujer está en impureza a consecuencia del flujo menstrual, y no se encuentra en condiciones de cometer el adulterio, bastante más grave, según su moral, que las prácticas antinaturales.

Cualquiera que haya vivido algún tiempo entre los indígenas de Marruecos habrá tenido ocasión de advertir la afición desmedida que estas gentes tienen a la homosexualidad, especialmente con referencia a los hombres. (Lámina IV.)

Pero más que los árabes y moros, los negros mahometanos del Sur de Marruecos, de Nubia, el Sudán y Egipto, puede decirse que baten el «record» en cuano a la difusión de estas perversiones —rara vez se trata de la verdadera inversión—, y, sobre todo, en lo que respecta al desenfado con que practican la homosexualidad, sea activa o pasiva. Hay cafetines y establecimientos análogos que no son más que prostíbulos encubiertos en los que actúan muchachos jóvenes como bailarines, músicos, camareros, etc., en competencia, además, con las prostitutas del barrio, que a veces se pasan muchos días «sin estrenarse».

No es cierto, como han pretendido afirmar muchos autores, que el contacto con las tropas europeas de ocupación, y especialmente con los tiradores negros—refiriéndose a Marruecos—, haya producido esta inmoralidad en las costumbres. En ciudades o aldeas más alejadas de este contacto, se observan los mismos hábitos, aunque ello no pueda justificarse por la escasez de mujeres.

Estos efebos que actúan en los cafetines compiten con las mujeres absolutamente en todo: se visten como ellas, imitan su voz, copian sus ademanes, ejecutan labores en sedas y bordan primorosamente, se perfuman con las esencias más caras y se adornan con las joyas más valiosas, regalo de sus adoradores, y, sobre todo, pasan por los períodos de impureza naturales en el sexo femenino, detalle éste importantísimo en la vida sexual de un buen musulmán.

En Mequínez, en los alrededores de la ciudad, y hacia la parte de la «Ville Nouvelle», existía no hace mucho una casa de prostitución, en la que las mujeres, tres o cuatro, se limitaban a realizar los trabajos exclusivamente domésticos, sirviendo de criadas a los individuos varones que se dedicaban a la prostitución, en número de diez o doce. Aquella casa del vicio, que había proporcionado a su dueño casi una fortuna, acabó por dedicarse a la prostitución femenina, porque los invertidos que en ella habitaban fueron «retirados» por sus amantes, gentes ricas que vivían en el campo en unión de sus mujeres.

En cuanto a la homosexualidad femenina, es también mucho lo que puede decirse estudiando la vida de los pueblos incultos. No obstante, no se observa en las mismas proporciones que en el hombre, lo que puede explicarse, como entre los civilizados, por la especial condición de la mujer en lo que a la sexualidad afecta.

Así, entre los musulmanes, aunque los hombres ven con indiferencia la homosexualidad femenina, no puede decirse que el sexo débil se aproveche de esta actitud tolerante para dar rienda a unos impulsos que no parecen experimentar de una manera tan visible como entre otras mujeres.

Los indígenas brasileños ven como una cosa natural que las mujeres hagan lo mismo que los «cudinhas», aunque en sentido contrario. Gandavo dice que «entre estos indios hay ciertas mujeres que hacen una especie de voto de castidad. Abandonan toda ocupación femenina e imitan a los hombres en todo. Se peinan como los hombres y van a la guerra y a la caza provistas del arco y las flechas; continúan siempre en compañía de los hombres y cada una vive con una mujer, que la sirve».

Estas mujeres, a las que el brasileño civilizado llama «fressureiras», gozan de más consideraciones que los cudinhas. Por lo general, se trata de individuos fuertes, audaces y valerosos, que desprecian no sólo a los hombres, sino a las demás mujeres. Viven alejadas del resto de la población, a veces en lo más intrincado de los bosques, donde se dedican a la caza de animales valiosos, cuyas pieles trabajan y venden en los mercados o a los compradores blancos, que constantemente recorren el territorio.

A pesar de todos mis esfuerzos, nunca me fué fácil informarme con detalle acerca de la vida sexual de estas mujeres, que siempre se hacen acompañar de otra, de la que se sirven como amiga y criada. Yo aseguraría que no se trata de invertidas, sino más bien de insexuadas, aunque en realidad presenten todos los caracteres externos del sexo femenino. Los informes obtenidos por otros

investigadores no aportan tampoco mayores luces acerca de la naturaleza de este fenómeno, ni aun en lo referente a las relaciones que estas mujeres mantienen con sus servidoras.

Cuando guerrean o cazan en unión de los hombres, jamás aceptan las proposiciones sexuales de éstos. No es raro que algunas se hagan servir por los cudinhas en unión de los cuales viven, aunque excepcionalmente.

A pesar de su carácter viril, se dice de ellas que cuando cae herido algún compañero, siempre le atienden y curan con solicitud, prestándole atenciones delicadas, «como si en tales circunstancias recobrasen todos los fueros sentimentales de su sexo». Por lo demás, suelen ser de una crueldad inaudita con los enemigos, y parece que entonces sus sentimientos se pierden por bajo del nivel que demuestre un hombre. En una tribu del distrito de Goyaz hubo una mujer que desempeñó durante mucho tiempo las funciones de cercelero y verdugo al mismo tiempo.

Otras se dedican a la hechicería, sobre todo cuando son viejas, y muchas ejercen la profesión de parteras, que desempeñan con gran destreza al decir de un médico francés que recorrió el país.

Costumbres muy parecidas pueden observarse entre las indias paraguayas. Algunas veces se trata de muchachas jóvenes y relativamente bellas. Estas mujeres no viven en sociedad con ninguna otra, pero desde muy niñas se aficionan a la sociedad de los hombres, huyendo de la compañía de sus congéneres. Acompañan a los hombres en sus expediciones cinegéticas o bélicas, si bien no toman en ellas una parte tan activa como las brasileñas. Si alguna vez practican el acto sexual normal, es más por respeto o admiración al hombre a quien se entregan, que obedeciendo a un impulso natural. No obstante, se citan casos de algunas que practican el safismo con otras mujeres. Una viajera francesa recibió en este sentido varias proposiciones insistentes de una joven indígena que formaba parte de la expedición en calidad de sirviente.

Adoptan muchos hábitos masculinos, especialmente el de fumar y masticar hojas de coca. Las demás mujeres las desprecian, evitan todo contacto con ellas, pero en cambio son muy solicitadas por los hombres, especialmente por los ancianos, pues según dice no demuestran gran repugnancia en practicar la «fellatio» siempre que se lo paguen bien. Es muy raro que estas mujeres contraigan matrimonio, aunque frecuentemente, y sobre todo cuando llegan a cierta edad, se avienen a vivir en concubinato con

gún anciano o en unión de alguna vieja viuda o soltera de la tribu. (Lámina V.)

Entre los indígenas de Bali, donde la homosexualidad es tan frecuente en la mujer como en el hombre, las indígenas solteras y muchas casadas sostienen entre ellas «liaisons» que procuran mantener dentro del mayor secreto. El procedimiento que emplean es la masturbación digital o lingual y el tribadismo, o sea la frotación de los órganos vulvares.

Entre estas gentes se aprecia con facilidad el carácter de la perversión, aunque en lo que se refiere a las homosexuales activas, es decir, las que desempeñan el papel de los hombres, no hay duda que en la gran mayoría de los casos se trata de individuos en los cuales la inversión se presenta con todos los caracteres del origen congénito.

Baumann, refiriéndose a las mujeres de Zanzíbar, dice que aun cuando las costumbres no les permiten adoptar la vestimenta masculina, suelen vestir así en la intimidad de sus relaciones.

Sus ocupaciones son completamente hombrunas, y buscan satisfacción sexual con otras mujeres igualmente pervertidas, o bien se valen de otras a las que conquistan por medio de regalos y atenciones. El procedimiento empleado es el tribadismo y el safismo, si bien a veces se valen de un falo hecho de marfil o madera con dos glandes, el cual se insertan en la vagina las dos mujeres.

En Madagascar, donde toda manifestación morbosa de la sexualidad puede ser practicada sin producir en nadie repugnancia moral o física, las mujeres suelen entregarse muy pronto a las caricias normales de los hombres con la finalidad exclusiva de conseguir la destrucción de la membrana himen o la dilatación del canal vulvar. No obstante, hay muchas mujeres que constituyen la excepción de la regla, las cuales rehuyen la sociedad de las demás, participando de los juegos y distracciones de los hombres. Estas tienen a gala conservar intacta su virginidad como demostración de que no aspiran al matrimonio, aunque a veces viven en unión de otras mujeres que se presten a satisfacer sus caprichos. El lesbianismo es la práctica más frecuente que ejecutan recíprocamente.

En las colonias francesas, donde existe una numerosa población de criollos y negros, la homosexualidad femenina, más que una costumbre, puede decirse que es casi un espectáculo; tal es la licencia de las costumbres.

Corré dice que conoció a una señora de extraordinaria belleza que habitaba en la isla de Guadalupe, casada y con familia, la cual no podía visitar los mercados ni ciertos establecimientos frecuentados por mujeres, a causa de la admiración que por ella manifestaban las negras y las descaradas invitaciones que se atrevían a dirigirla sin recatarse de la presencia de la gente. Refiere varios casos de violentos atentados sexuales cometidos por las mujeres con niñas de doce a catorce años, mientras que los hombres rara vez cometían iguales delitos. Varios autores citan casos semejantes, lo que pone de manifiesto que la homosexualidad de los salvajes se diferencia de la de los civilizados principalmente en lo que afecta a las formas de manifestación, ya que el fondo de los casos viene a ser unánime para toda la humanidad.

Por otra parte, lo que sí puede asegurarse sin temor al equívoco, es que en las razas inferiores, la homosexualidad es considerada como una práctica sexual, si no normal, al menos basada en razones naturales. El ejemplo de la vida animal, que tanta importancia tiene en la vida de los pueblos incultos, ya que en muchos de éstos se nota la tendencia a imitar las cualidades de las fieras en cuanto a agilidad, valor, arrogancia, instintos, etc., y además, se llega hasta el extremo de elevarlas a la categoría de divinidades, este ejemplo, repito, sirve a esas gentes primitivas para establecer una relación entre su propia existencia, hábitos y costumbres, con la de los animales domésticos o salvajes.

Naturalmente, la vida sexual es el aspecto más destacado de todas las actividades sociales e íntimas del individuo. Asisten de continuo al gran espectáculo de la procreación y de la sexualidad de esos animales; observan sus períodos de celo, sus movimientos instintivos, sus sistemas de relación erótica, etc. Y como resulta que todos los animales inferiores al hombre—absolutamente todos—practican alguna forma de la homosexualidad, ¿qué tiene de extraño que estos hombres, que hasta cierto punto se consideran inferiores a los animales—que procrean en épocas determinadas, que nacen sabiendo andar, que revelan la poderosa energía de sus instintos a los pocos días de nacer, etc.—, traten de copiar aquellos actos que ven ejecutar a esos seres inferiores, dotados de instintos que no poseen los hombres?

En el ejemplo de la vida animal, es donde encontramos la justificación de muchas perversiones de los pueblos incultos, aunque se trate de gentes que vivan en contacto con la civilización.

EL SADISMO Y EL MASOQUISMO

El matrimonio por rapto, como ejemplo de la algolagnia erótica.—Cómo lo efectúan los «kirguizes».—En las islas de la Malasia.—Batallas sexuales.—El sistema nervioso de los salvajes. Un caso en el Congo Belga.—La crueldad erótica de los «bawendas».—La «uganwela».—Los tagalos filipinos.—Las aficiones de una princesa del Dahomey.—El sadismo religioso.—El bestialismo.—Fetichismo y exhibicionismo primitivos.

El elemento algolágnico, en sus formas activa y pasiva, es una expresión normal de la vida sexual de todos los animales. La cultura, como siempre, tiende a velar todas estas impulsiones que se consideran antiestéticas y antisociales. A veces, son tales consideraciones el único elemento represor de las manifestaciones instintivas, es decir, que la voluntad cumple su misión cultural, oponiéndose al desarrollo de las energías del instinto, inspirándose en la esencia de los prejuicios y los convencionalismos.

Todo esto no puede observarse entre las gentes de aquellos pueblos que desenvuelven sus actividades vitales de una manera más o menos primitiva, y que no admiten trabas que se opongan a las manifestaciones libres de los principios biológicos.

Ya hemos discutido suficientemente en otro volumen las bases normales de la algolagnia con relación a la vida sexual, y ahora vamos a ocuparnos de la exaltación de esos sentimientos, cuando se llega a un punto extremo de la normalidad que sigue desarrollándose hasta adoptar las formas de las más graves anomalías.

El sistema del matrimonio por rapto es, tal vez, la forma universal más antigua que se conoce del comienzo de las relaciones sexuales entre los hombres. No cabe duda que el rapto se refiere a una forma de la algolagnia, aunque, a veces, resulte difícil explicárselo así. En todo caso, el método del rapto sirve para justificar la ener-

gía del macho, su audacia y su valor, factores que siempre han apreciado las hembras de toda la escala zoológica.

En la actualidad, el rapto no es desconocido en los pueblos más cultos y modernos. Sucede, sí, que la moral, las costumbres y, en definitiva, las leyes, se oponen a la violación de los derechos individuales, especialmente en lo que atañe a la mujer, cuyo honor se considera íntimamente relacionado con las funciones sexuales. Pero en otros pueblos como, por ejemplo, entre los "kirguizes", el rapto tiene la importancia de un rito ceremonial, que se practica en ocasiones determinadas por las costumbres y en fechas fijas. Un día del año, generalmente en la estación primaveral, se congregan en un punto de la aldea todas las muchachas casaderas, las cuales van provistas de látigos hechos a base de correas de piel de reno, cuyas extremidades están rematadas por bolas de plomo. No cabe duda que se trata de un arma formidable, sobre todo si se esgrime con habilidad, cosa que estas muchachas aprenden mediante un entrenamiento bastante peligroso para sus galanteadores.

A una señal del hechicero o sacerdote de la tribu, las jóvenes huyen en distintas direcciones, y unos segundos después salen los muchachos en su persecución.

Cuando el perseguidor es del agrado de la perseguida, él no tiene que hacer otra cosa sino abrazarla y conducirla a la rastra hasta la plaza de donde salieron. Cuando no ocurre así, las jóvenes se defienden a latigazo limpio de los galanes, los cuales resultan a veces con heridas de importancia. Si no la agrada ninguno de sus perseguidores, para no contraer un noviazgo a disgusto, tiene que ponerlos a todos fuera de combate a fuerza de latigazos; mas si alguno logra abrazarla, aunque no sea de su agrado, considera ganada la partida. Por lo general, el acto sexual es también un verdadero combate en el que él ataca y ella se defiende a golpes, mordiscos y arañazos.

No obstante, cuando ella se ve perdida y sin medios para reducir la fogosa impetuosidad del galán, se entrega a él, dando muestras de plena satisfacción. Por lo común, aunque el galanteador sea del gusto de la muchacha, la lucha precede siempre al acto sexual, a veces produciéndose ambos muchas heridas, para compensar este dolor con el placer subsiguiente.

Este impulso psicológico que tiende a asociar el dolor con el amor se observa en casi todos los pueblos salvajes. En las islas de la Melanesia, las muchachas tienen que meterse en el agua donde son perse-

guidas por muchachos que tripulan botes individuales. Ellas están provistas de fuertes estacas con las que apalean sin compasión a sus perseguidores. Si él logra asirla por las manos, imposibilitándola la defensa, ella no tiene más remedio que entregarse. Estas costumbres no se relacionan con el matrimonio, sino exclusivamente con la erótica. Cuando el joven se ha apoderado de la muchacha, la conduce a un lugar recóndito de la costa, y allí se entregan ambos a satisfacer su ardor sexual. Después puede dejarla en libertad y seguir la caza de otras mujeres, o bien tomarla por amante, sin que por ello venga obligado a desposarla, a no ser que quede embarazada o dé a luz.

Tales costumbres son generales en Oceanía y en algunas tribus de América. Pero refiriéndonos a la vida sexual postmarital, no hace falta recurrir a otras explicaciones que las que encontramos en los libros del amor de los teólogos orientales. El sadomasoquismo, que cita Vatsyayana como elemento esencialísimo de las relaciones sexuales, prueba que la perversión algolágnica puede llegar a extremos que estas gentes no consideran perversos, puesto que tienen verdadera importancia y valor religiosos.

Hasta cierto punto, ateniéndonos a las raíces biológicas de la cuestión, puede decirse que todo esto es normal. Además, aunque no lo fuera, al autorizarlo las costumbres, resulta bastante difícil decir que se trata de una inmoralidad, ya que si no es la generalidad de la población quien se opone, esa minoría restante que rechace tales usos por indebidos o inmorales, carece de la suficiente influencia para imponer otros usos más a tono con sus orientaciones. No obstante, analizando la cuestión desde el punto de vista científico, aunque las costumbres tengan ese carácter moral y hasta religioso que les atribuye la cultura indígena, no cabe duda que se advierte el elemento perverso, puesto que la finalidad natural no necesita, en muchas ocasiones, de esos elementos excitantes de tanta violencia que, más que abonar en pro del progreso de la raza, se traducen en factores de destrucción de gran importancia.

Entre los "mossis" de Africa, las festividades sexuales van precedidas de verdaderas batallas, que no tienen otro objeto que el de producir un grado superior de excitación erótica. La sensibilidad de estos salvajes es tan escasa que, para lograr que su sistema nervioso consiga un eretismo adecuado, necesitan de ejercicios violentos, tales como la danza, los saltos y la lucha.

Puede decirse que se trata de un pueblo de flagelantes. Las danzas de estas gentes consisten en saltar unos enfrente de otros o, a

veces, los hombres delante de las mujeres. Cuando se trata de hombres solos, lo que sucede entre los adultos, se golpean recíprocamente valiéndose de rabos de búfalo, temibles vergajos que producen heridas bastante dolorosas. Estos danzarines se entregan a tan brutales ejercicios en medio de un loco frenesí, y a medida que van dando muestras de cansancio, las mujeres se encargan de retirarlos del corro, llevándoles a sus casas o a los lugares apartados del bosque, donde consuman el acto sexual. Cuenta un viajero que un "mossi" adulto no se excita sexualmente de otra manera que no sea ésta. (Lámina VI.)

Un método de excitación muy conocido entre los negros del Africa occidental, consiste en la urticación que se aplica lo mismo entre los hombres que entre las mujeres. Al principio, la operación resulta bastante dolorosa, porque para ella se valen de unos cardos de ramas muy flexibles, pero cuyas espinas son muy agudas, produciendo inflamaciones agudas y un escozor muy intenso. En estas condiciones es cuando los negros realizan el acto sexual, a veces, con gran dificultad, porque la inflamación del pene y la de los grandes y pequeños labios dificulta en extremo la penetración normal. No obstante, cuando ésta se ha logrado, la pareja permanece unida seis o siete horas, aunque no tengan lugar más de dos o tres coitos a lo sumo.

Se explica que un sistema nervioso tan poco amplio necesite de los más fuertes estímulos para manifestarse. Por esta razón, los negros consideran que los europeos somos como los micos, ya que necesitamos más que ver a una mujer para sentirnos excitados inmediatamente, mientras ellos precisan de toda clase de excitaciones incluso en las formas más graves y avanzadas, para lograr que una mujer pueda interesarles sexualmente.

No puede decirse que estos impulsos algolágnicos sean perversos puesto que sin ellos es posible que el acto sexual resultase prácticamente inútil. Entonces, no tenemos más remedio que admitir la normalidad del sadomasoquismo en conjunto. Es fácil, por otra parte, que el negro no experimente ningún placer en golpear, sino principalmente en recibir los golpes que le producen la excitación que anhela. Por esto, las mujeres no se oponen a estas prácticas, si bien a veces, reclaman su parte en tales maniobras algolágnicas, mostrando cierta satisfacción en devolver los golpes que reciben de los hombres.

En la danza "bambulá", de los yolofs, no es raro que un hombre

caiga herido, antes de experimentar el estado de excitación que desea, pues a tal extremo llega el enardecimiento y creo que la verdadera anestesia producida por los golpes asestados violentamente y a ciegas, puesto que una parte de la fiesta tiene lugar en las noches más oscuras, entre la maleza baja de los bosques. Es más tarde, a la luz de las antorchas, cuando se celebran las danzas que terminan con las prácticas sexuales de toda naturaleza, incluso las más perversas, a las que son muy aficionados todos los salvajes de esta parte del Continente.

Aparte de estas ceremonias o festivales en los que parece que la flagelación desempeña un papel importantísimo, también en la vida privada de los indígenas nos encontramos con manifestaciones idénticas. Un explorador refiere que un atardecer se vió obligado a acampar dentro de un poblado a causa de una fuerte tormenta que había convertido el camino en un barrizal intransitable. Las gentes del poblado se recluyeron en sus viviendas, aunque dejaron abiertas las puertas porque el calor era asfixiante. En un momento en que había dejado de llover, el viajero salió de su casa-automóvil para dar un paseo entre las chozas acompañado de un intérprete. Le llamó la atención ver a un negro que, esgrimiendo un látigo, golpeaba brutalmente a su mujer, la cual no trataba de defenderse, pues se hallaba echada boca abajo y completamente desnuda.

Quiso el viajero librar a la mujer de aquel castigo valiéndose del ascendiente que tenía entre los indígenas, pero el intérprete le rogó que no se mezclase en aquel asunto demasiado íntimo para que tuviera testigos. En efecto, al cabo de unos minutos, el negro dejó el látigo y se arrojó sobre su mujer de una manera violenta. Ella se volvió de cara, y entonces se penetraron sus cuerpos en un acto que no dejaba lugar a dudas. El explorador acabó por retirarse de su observatorio, convencido de que los negros emplean en sus amores unos procedimientos verdaderamente brutales.

Se cuenta de un jefe de cierta tribu de las cercanías de Leopoldville, en el Congo belga, que cuando sus hombres realizaban alguna incursión por los poblados enemigos, se ocupaban más de apresar mujeres que de coger hombres. El salvaje hacía que atasen a las mujeres a unos postes, y él en persona se entretenía en golpearlas hasta que caía agotado a consecuencia de tales esfuerzos. A continuación, después de ingerir grandes sorbos de aguardiente de caña para reponer las fuerzas perdidas, se hacía conducir a su cámara

las mujeres que más le apetecían, y allí las perdonaba la vida a cambio de que se entregasen a sus deseos eróticos.

En una ocasión, se enamoró de la hija de un jefe, y quiso comprarla en matrimonio. El padre se opuso, porque se trataba de un antiguo enemigo, y entonces el reyezuelo organizó una expedición guerrera sin más objeto que apoderarse a la fuerza de aquella mujer que no querían cederle de buen grado. Sus cálculos resultaron fallidos, pues los súbditos del padre de la muchacha repelieron la agresión con tal energía que, derrotando a los enemigos, entraron a saco en el poblado, destruyendo cuanto encontraron a mano. Se apoderaron de todas las mujeres, a las que violaron primero, asesinándolas después con horribles mutilaciones. El jefe vencido fué llevado a presencia del vencedor, el cual le obligó a que presenciase el espectáculo de la violación y el asesinato de sus mujeres e hijas que formaban parte del enorme botín. Por último, le encerró en un cobertizo con los cadáveres de las mujeres asesinadas, donde el salvaje murió de hambre al cabo de veinte días.

Los "bawenda" llegan a las formas más extremadas de la crueldad en sus delirios eróticos. El mordisco, que puede considerarse como una forma del canibalismo, según veremos en otro capítulo, o por lo menos como un símbolo del impulso de devorar, lo practican estos salvajes, lo mismo el hombre que la mujer, hasta que brota la sangre de la mordedura. La forma especial de practicar el coito, o sea por detrás, aunque por el conducto natural, se demuestra por las numerosas cicatrices que presentan en la nuca y en la espalda las mujeres casadas. Estas salvajes estiman como un motivo de orgullo tales cicatrices, sobre las cuales suelen llamar la atención de los extranjeros que visitan sus tribus.

Un misionero trató de abolir estas bárbaras costumbres, y cuando pretendía hacer valer sus razones ante varios notables indígenas, le replicaron diciendo que esos mordiscos eran considerados como pruebas de amor, y que el hombre que no mordía a su esposa podía considerarse como un adúltero. Entre las pruebas de adulterio que una mujer bawenda puede presentar contra su marido, el detalle de la falta de cicatrices recientes, se considera de gran valor por aquellos jurisperitos.

Las luchas de los indígenas neozelandeses, lo mismo que las que practican los isleños de la sociedad, tienen una finalidad exclusivamente sexual, a pesar de su apariencia deportiva. En estas peleas participan por igual y con el mismo ardor los hombres y las mujeres.

Al principio, son ellos los que las incitan a la lucha; las mujeres fingen que rechazan las insinuaciones, puesto que realmente se trata de una fase del galanteo; pero cuando se creen molestas por la actitud de los luchadores, combaten con singular denuedo, recibiendo y asestando golpes que no soportaría una civilizada.

El final de la lucha se verifica después de que el hombre ha logrado conducir a su víctima a cualquier lugar escondido del bosque, donde, por lo común, se entregan a toda clase de excesos eróticos. Por último, las muchachas regresan a sus casas con el cuerpo ensangrentado, paseándose con orgullo ante los demás indígenas, que comentan las incidencias de la singular lucha.

Entre estas gentes se advierte también un sadismo de la palabra, que consiste en insultos y alusiones obscenas. Ellas suelen reprochar a los hombres su falta de habilidad y de potencia en el amor, lo que se considera de ordinario como una grave ofensa, y ellos las dicen que no valen para ser madres de hijos de hombres, sino de cerdos o perros. Esto último se relaciona con el bestialismo, que estas mujeres practican con los animales citados, especialmente con el perro.

La escatofagia se practica también por algunos pueblos salvajes, pero no parece que se halle muy extendida esta repugnante perversión algolágnica. Es más frecuente entre los casados que en los solteros, especialmente con relación a mujeres solteras y que no hayan tenido relaciones sexuales con hombres. Madwin refiere el caso de un guía, el cual se enamoró apasionadamente de una joven mulata de Adelaida. Trató de demostrarle su afecto por todos los procedimientos, y, por último, se dedicó a seguirla a todas partes. Un día la vió cuando acababa de evacuar una necesidad fisiológica, y envolviendo los excrementos en una tela, marchó a un lugar del bosque, donde los devoró con avidez. Luego procuró que el hecho llegase a conocimiento de la muchacha por medio de una anciana. La joven, al enterarse de ello, comprendió que nadie que no la amase mucho podría realizar tal sacrificio, y acabó por otorgarle sus favores.

Otra forma, no menos repugnante, observada entre los indígenas australianos, practicada como demostración del amor que inspira una mujer, consiste en practicar la succión de la vulva cuando se encuentra en pleno período menstrual. Tal acto recibe el nombre de "uganwela", o sea "beber sangre de mujer, pero refiriéndose exclusivamente al flujo catamenial.

Estas mismas mujeres, cuando sienten deseos de practicar el coito, no suelen demostrarlo por medio de frases y solicitaciones adecuadas. Por lo general, se dirigen al hombre que las agrada, sea cual fuere su estado, y procuran insultarle gravemente con el fin de que las golpee o las insulte a su vez. Cuando han conseguido hacerle perder la paciencia, se defienden vigorosamente de sus ataques, para entregarse a él en medio de ardientes demostraciones pasionales.

Los tagalos filipinos no realizan siempre el acto sexual, sin haber vapuleado antes a sus mujeres. Ellas no oponen resistencia al desarrollo de estas costumbres, y cuando el marido no parece dispuesto a acceder a tales deseos, son ellas las que, valiéndose de artimañas, les obligan a propinarles unos cuantos golpes con el bastón de caña. Los misioneros españoles lograron atenuar bastante estas costumbres; pero, según el reciente informe de un médico norteamericano, una mujer no se muestra satisfecha del amor de su marido mientras éste no le haga víctima de esos tratos, que no tenemos derecho a decir que sean malos, al menos en el criterio de las mujeres.

El sadismo entre las salvajes homosexuales se manifiesta por medio de la flagelación incruenta. Todas las mujeres, aunque se trate de invertidas congénitas, sienten cierta repugnancia moral por la sangre, a no ser que el deseo de matar o de herir obedezca a otros móviles ajenos a la esfera de la sexualidad, o sea, en una palabra, que la mujer no suele mostrar aficiones sanguinarias, como se observa en los hombres del tipo de los famosos destripadores que registran los anales judiciales del mundo supercivilizado.

Una princesa del Dahomey, que, por su constitución psicosexual no pudo dar príncipes a su pueblo, mantenía relaciones homosexuales con varias jóvenes amazonas. Procuraba enterarse de la conducta de aquellas que le parecían más hermosas, y cuando alguna incurría en su enojo, que realmente podemos llamar su agrado, la hacía conducir a su presencia, y después de apalearla brutalmente, se retiraba con ella a las habitaciones privadas de la real cabaña.

Como en una ocasión una joven mostrara cierta resistencia a dejarse conducir, uno de los criados la asestó un golpe en el rostro haciéndola arrojar abundante sangre por la nariz. Al enterarse la princesa de lo sucedido, no pudo contener un gesto de compasión que se tradujo en una orden inapelable: hacer degollar al criado autor de la bárbara hazaña.

Sólo de una manera excepcional, la crueldad de una mujer puede llegar a esos extremos de la aberración sádica, aunque no tiene nada de extraño encontrar múltiples casos de masoquismo sanguinario. De los "hovas" de Madagascar se refieren sucesos de esta naturaleza verdaderamente asombrosos y que revelan una grado extraordinario de perversión. Muchos de sus ritos sexuales llevaban antiguamente consigo el sacrificio de seres humanos, especialmente mujeres, como aún sucede, muy rara vez, en ciertas tribus de la India y en bastantes centroafricanas.

La víctima que necesitaban los espíritus para aplacar sus iras, era conducida a un lugar del bosque, donde se levantaba un altar, destinado a los sacrificios. La ceremonia comenzaba con cánticos y danzas al son de unos instrumentos bárbaros, que a veces adoptaban la forma de imágenes fálicas. Todos los danzarines que habían cometido algún pecado o una falta que pudiera estimarse ofensiva a la divinidad, tenían derecho a golpear el cuerpo de la joven, la cual había de pertenecer a otra tribu, generalmente enemiga, aunque también solía ser comprada para este fin.

Los danzarines mojaban los dedos en la sangre de la víctima, manchándose los órganos genitales en actitudes obscenas. Después del sacrificio, los salvajes formaban parejas y se retiraban al bosque para continuar la orgía, que duraba una semana.

Actualmente, han desaparecido tales costumbres, aunque estas gentes, lo mismo que los "sakaves", sus vecinos, practiquen todo género de perversiones.

Una de las más frecuentes entre los hombres es el bestialismo practicado con vacas. Algunos pastores no se casan, satisfaciendo sus impulsos sexuales por este procedimiento. Tal costumbre no causa repugnancia entre estos indígenas, sino que da lugar a comentarios jocosos, sobre todo si se trata de hombres que están en condiciones de contraer matrimonio. Se cree que los que se entregan a la bestialidad tienen la facultad de entender el lenguaje de los animales, por lo que las gentes acuden a ellos cuando están enfermos sus ganados. (Lámina VII.)

El bestialismo es la práctica más frecuente de la perversión sexual en todos los pueblos incultos En algunas partes, como en la India, estas aberraciones tienen carácter religioso, especialmente cuando se ejecutan con vacas, hembras de búfalo, cabras o machos cabríos.

Una variedad poco conocida entre los salvajes es el fetichismo

erótico. Tampoco el exhibicionismo es una práctica tan común como lo sea entre los civilizados. No obstante, puede apreciarse una forma del simbolismo de los órganos genitales en la confección de determinados instrumentos, pero sin dejar de tener en cuenta que, a veces, las partes sexuales tienen un carácter sagrado. Por lo tanto, se trata de un simbolismo sexual, pero raramente erótico; es decir, que se adora a esos objetos por lo que simbolizan, pero no por las emociones eróticas que pueden inspirarse en ellos.

Apenas si es preciso explicar estas diferencias, que tanto contrastan con los hábitos morbosos de la misma naturaleza de los pueblos civilizados, ya que, en primer lugar, el pudor de los salvajes no está en el vestido y rara vez se asocia con las funciones sexuales. La atracción erótica puede existir en una parte determinada del cuerpo, como ocurre entre los chinos con el pie de sus mujeres, o acaso en los actos, los gestos o las cualidades eróticas de la mujer.

Entre los hotentotes, por ejemplo, existe un fetichismo de los pequeños labios y de las nalgas. Es el "delantal de las hotentotes", que más que un fetiche erótico se trata de un carácter de belleza. No obstante, tratándose de un atractivo natural, tampoco es posible decir que se trate de una perversión, puesto que tal fetichismo es tan normal como lo sea entre nosotros la atracción de los pechos u otra parte cualquiera del cuerpo de la mujer, no precisamente por el propio encanto de la forma, sino por el hecho de que estas partes deben ir cubiertas.

El desarrollo exagerado de las nalgas, o sea la esteatopigia, hablando en términos técnicos, constituye para estos salvajes de Hotentocia otro destacado signo de belleza. En este punto coinciden muchos hombres civilizados. Ahora bien, el hotentote no trata de reproducir unos pequeños labios muy desarrollados o unas anchas nalgas para valerse de estas reproducciones en calidad de objetos inspiradores de sensaciones eróticas. Por lo tanto, no pasan de ser cualidades de belleza de fuerte significación erótica.

El exhibicionismo se presta a una explicación semejante. Prescindiendo de las razones que da el psicoanálisis para justificar el origen de esta perversión, es fácil comprender que entre gentes en las cuales el pudor no se relaciona para nada con el desnudo, la completa exhibición de éste resulta una práctica natural y necesaria en la vida. Algunas veces se encuentra tal modalidad en el lenguaje, lo que podemos denominar, como ya lo hemos hecho, exhibicionismo de palabra, por medio de la cual un hombre logra determinadas

sensaciones, narrando sus hechos sexuales. Pero también este aspecto puede considerarse como normal, sin que haya derecho a calificarlo como perversión.

Los actos que ejecutan las mujeres y muchos hombres, procurando hacer resaltar ciertos caracteres físicos o mentales, susceptibles de ser incluídos en la esfera sexual, bien adornándose, usando vestidos, afeites, etc., son más propios de las fases naturales del galanteo que del exhibicionismo erótico. No puede decirse que se trate de movimientos específicamentes sexuales, como no puede decirse que una jovencita civilizada, que exhibe un vestido muy ceñido o un muchacho que viste con elegancia, traten principalmente de despertar en su torno deseos sexuales.

Por lo general, puede decirse, salvo las excepciones de toda regla, que ni el fetichismo ni el exhibicionismo erótico ocupan ningún lugar en la psicología sexual de los pueblos primitivos, aunque se observa que estas formas de la perversión pueden desarrollarse tan pronto como se modifican las condiciones naturales de la vida, hecho que se registra con frecuencia en aquellos pueblos en los que la civilización europea ha conseguido imponer sus hábitos y trasplantar una parte, quizá la menos útil, de su vieja moral, a la que no se someten los dominados en una forma que pudiera interpretarse como un triunfo verdadero.

EL CANIBALISMO EROTICO

Su asociación con la necrofilia.—Cómo lo practicaban los indígenas de Fidji.—Las raíces psicológicas del canibalismo.—División de la antropofagia en grupos.—Canibalismo sexual y erótico.—El hambre erótica.—Varios casos.—La ferocidad de las mujeres senegalesas.—El amor en el Lago Tanganyka.—La necrofilia y el fetichismo.—Las viudas andamanes y el cráneo del marido.—Virtudes de los huesos humanos. Las de otros restos.

Esta terrible perversión sexual que consiste en devorar una parte del cuerpo de la persona gozada sexualmente, va íntimamente asociada con la necrofilia. En Francia se registró hace tiempo el caso de un individuo que en su locura erótica llegó hasta el extremo de comer un trozo de carne del cadáver de una mujer que había desenterrado para cometer con él un acto necrofílico.

En los pueblos salvajes es muy difícil, en la actualidad, la observación de casos de esta naturaleza, en primer lugar porque, comoquiera que todos están dominados por potencias civilizadas y en ellos ejercen una beneficiosa influencia—en lo que a estas perversiones respecta—las misiones cristianas, se ha llegado a suprimir la práctica de tan bárbaras costumbres, y, además, por la razón de que tales actos suelen ser manifestaciones de los ritos más primitivos, los cuales se practican o se practicaban, mejor dicho, por los salvajes, en forma tal que no le era posible al europeo, sin poner en peligro su vida, presenciar ni el menor espectáculo de esta magia espantosa

Todas las referencias de los etnólogos coinciden en demostrar que la mayoría de los pueblos salvajes han practicado la antropofagia, incluso durante mucho tiempo después de estar sometidos al yugo de sus civilizadores.

Hutchinson, refiriéndose a los indígenas de las islas de Fidji, dice que los salvajes realizaban crueldades increíbles, hace unos cua-

renta años, en estos bárbaros festines, y aun los indígenas convertidos al cristianismo, quedaban comprometidos a quebrantar en ocasiones la nueva doctrina y volver a sus antiguos hábitos.

"El rey Thacombau—dice—, por ejemplo, se llamaba "cristiano"; pero recorriendo una vez en su canoa de guerra un distrito que estaba bajo su mando, fué invitado a pasar por entre dos hileras de hombres, mujeres y niños de todas las edades, aún vivos y colgados de los pies, que habían sido colocados en aquella disposición para que aquél pudiera escoger los que cuadraran a su capricho. El rey, a pesar de su reciente conversión al cristianismo, se sintió estimulado por las costumbres locales, y aceptó bondadosamente la terrible oferta, tocando con el palo que suelen llevar a algunos de aquellos infelices, que, de este modo, fueron condenados a ser devorados. El canibalismo estaba tan arraigado en aquellas naturalezas, que muchos indígenas se jactaban de haber "consumido" un gran número de cuerpos humanos. Un jefe, que había superado a todos en esta bárbara costumbre, era mirado con singular respeto, y recibió el apodo de "Turtle pond", comparándole así con un pantano lleno de tortugas. Este hombre terrible perseveró en el propósito de conservar su fama de antropófago. Siempre que devoraba algún cuerpo humano, se sentaba sobre una piedra distinta, y se cuenta que, cuando murió, uno de sus hijos llegó a contar hasta novecientas piedras. La carne humana era un lujo de los más ostentosos; y en la dificultad de procurárselo, algunas clases sacrificaban a sus propios amigos y parientes. En los grandes festines eran a veces asados y comidos hasta veinte cuerpos humanos, para lo cual eran cuidadosamente conservados los esclavos. No obstante, cuando algún jefe ordenaba la "matanza general", nadie escapaba a la feracidad de su séquito, que se precipitaba sobre todos los súbditos que encontraba al paso. A las mujeres no se las permitía sino en muy raras ocasiones, participar de estos bárbaros festines." (Hutchinson, *The Savage Man.*)

Costumbres muy parecidas se han practicado en Europa en los tiempos prehistóricos, y hasta hace muy pocos años en el resto del mundo, aunque más raramente en Asia; pero Oceanía, Africa y América, especialmente el Sur, tienen muchos pueblos que consideraron la antropofagía como un sistema de alimentación superior a los demás, no sólo en virtud de la escasez o la carencia de alimentos naturales, sino porque hay una idea fundamental que se subordina a la satisfacción de tan feroz apetito, consistente, en todos los luga-

res del mundo en que se ha registrado el canibalismo, en que cuando un hombre come la carne de otro, se asimila las cualidades físicas y morales de la víctima, como la fuerza, la inteligencia, el valor, etc.; así todo antropófago siente deseos de coger un enemigo valiente y arrojado para comérselo y participar de tan altas prendas.

Esta actitud de los salvajes, como se ve, tiene profundas raíces psicológicas. Algunos autores han tratado de demostrar que la antropofagía se practicó en los principios de la vida de la Humanidad como una cosa natural. A veces, observando la pasión con que algunos hombres inician un galanteo, diciéndole a una mujer, por ejemplo, "te comía", que es como la condensación de todo el impulso sexual, no podemos por menos de pararnos a pensar que se trata de una reminiscencia remotísima de la vida de los primeros seres de la tierra.

El mordisco, modalidad del impulso sexual, a que ya nos hemos referido extensamente, ¿qué es sino una manifestación de la supervivencia de esos instintos primitivos? Hay muy pocos animales—incluyendo al humano—que, en los momentos de suprema excitación sexual, no hagan presa con sus dientes en el cuerpo de la hembra deseada; y hasta hemos referido el caso de un individuo que, en la noche de bodas, comenzó a devorar el cuerpo de su esposa. Y, por otra parte, aunque ello se aparte de la esfera sexual, ¿qué es el Sacramento de la comunión, sino un acto de devorar simbólico del del amado cuerpo de Cristo?...

Pues si entre los civilizados nos encontramos con estos casos de la antropofagía amorosa, al menos como símbolo, ¿qué no harán los salvajes, cuya existencia ha transcurrido casi igual que en los tiempos primitivos de la raza, cuando no hay trabas sociales, ni moral—según la entendemos nosotros—, ni leyes que se opongan a la libre manifestación de esos impulsos ancestrales?

El canibalismo puede dividirse en varios grupos: uno, el que, careciendo de bases psicológicas, consiste en una práctica necesaria para la subsistencia de otros individuos; otro, aquel que se relaciona con la pretensión de asimilar las dotes de las personas devoradas, y, por último, el que se realiza como prescripción religiosa o mágica, con el fin de aplacar las iras de los dioses y hasta con el de curar o preservarse de ciertas enfermedades o maleficios.

El canibalismo erótico participa de las razones de los dos últimos grupos, tan convencionalmente diferenciados. Así tenemos que entre los citados indígenas de Fidji, cuando un hombre llega al ocaso

de su vida y la impotencia genésica era una consecuencia natural de la edad, creían que sólo podía curarse comiendo los órganos genitales de individuos sanos y vigorosos, generalmente jóvenes. Entre estas gentes, el licor seminal gozaba de grandes virtudes contra la impotencia, y así se comían los testículos de sus semejantes lo mismo que en la actualidad ingieren los órganos genitales del antílope, el macho cabrío, el toro, el cerdo, etc., los cuales, justo es decirlo, prescribe modernamente la ciencia civilizada en los casos de debilidad sexual.

Del mismo modo, las mujeres recién paridas que no tenían leche o era escasa, comían los senos de muchachas fuertes y sanas en demanda del remedio más eficaz; en Marruecos, las mujeres lactantes comen las mamas de las ovejas con idéntico fin, lo que demuestra que la opoterapia actual tiene antecedentes bien remotos en los pueblos menos cultos de la tierra.

Estas prácticas inhumanas tienen, además, el aspecto erótico, esencialmente sensual, de que vamos a ocuparnos. Aparte de las razones expuestas, que afectan de lleno al aspecto fisiológico, ya que se trata del remedio de dolencias o trastornos en la función genésica, queda por analizar la parte exclusivamente psíquica, no ya como un impulso esencialmente algolágnico, sino como una energía independiente que para nada induce a buscar el espectáculo del sufrimiento ajeno en demanda del placer propio, sino que se limita a satisfacer el propio deseo sin relación alguna con la actitud de la otra persona, de la que poco o nada importa que experimente sensaciones agradables o desagradables.

Entre los papúes de Nueva Guinea, cuando se organizaba alguna expedición guerrera por las tribus enemigas, los hombres más vigorosos tenían el derecho de reservarse las mujeres que apresaban. Después de las luchas, comoquiera que tenían que proseguir sus correrías, las indígenas servían de pasto, materialmente, al hambre erótica de los salvajes guerreros, y antes de abandonarlas cometían con ellas todo género de atrocidades. Entonces, los guerreros menos brutosos aprovechaban las migajas del festín, y como si estuvieran bajo el influjo de la más brutal lubricidad, se arrojaban sobre los cuerpos maltrechos de las desdichadas, mutilándolas los pechos y los órganos genitales, que devoraban después.

Un autor, comentando estos casos asombrosos, habla del "hambre erótica", estableciendo una estrecha relación entre la violencia de la

lujuria y de la gula; es decir, la gula alimenticia y la gula erótica, que esos hombres satisfacían a un mismo tiempo.

No obstante, no creo que la gula alimenticia pudiera existir en relación con el canibalismo, sino que más bien puede asegurarse que el hecho de que esos hombres devorasen una parte del cuerpo —precisamente la carne de la zona genital y de los pechos—no quiere decir que se relacionase con el hambre de alimentos antes que con la lujuria, porque si se admite, porque es necesario admitirlo, que el mordisco en el amor sexual es un símbolo del ansia—no del hambre—de devorar al objeto amado—o deseado sexualmente—, habría que decir que todo aquel que, de esta forma manifiesta un impulso erótico, lo hace bajo el estímulo de la gula alimenticia, lo que debemos considerar como inadmisible en absoluto.

Observando las costumbres similares de otros pueblos en los que las prácticas de antropofagía pueden considerarse desaparecidas, vemos que el canibalismo erótico se relaciona más estrechamente con el "cunnilingus" y la "fellatio" que con esa gula de los alimentos. El hijo de un jefe de tribu del Camerón se enamoró de una mestiza, hija de un blanco y de su amante negra. La muchacha tenía la piel casi tan oscura como la madre, y, como ella, era corpulenta y bien formada. La madre, ya civilizada, se opuso a entregar a su hija en matrimonio a un salvaje; pero éste no desanimó por ello. Un día desapareció la mestiza, y al poco tiempo se encontró su cadáver en un oculto lugar del bosque. El cuerpo presentaba varias heridas, entre ellas una mortal de necesidad en el pecho, y sus órganos genitales grandes destrozos, como si hubieran sido roídos por las alimañas.

Fué detenido el salvaje por las autoridades alemanas, confesando que la había matado por negarse a satisfacer sus deseos, violándola antes y comiéndose después aquella parte que le faltaba en su sexo. Manifestó que no pudo resistir el impulso de devorar todo el cadáver, lo que seguramente hubiera hecho de no haber temido que le sorprendieran dos cazadores blancos, los cuales descubrieron el cuerpo de la infeliz mestiza.

También en una antigua colonia alemana de Oceanía, en el archipiélago de Bismarck, se cuenta que un jefe compró en matrimonio a una joven de un pueblo cercano. Como ella no fuese feliz en el matrimonio, le rogó varias veces que le permitiese volver a su pueblo natal, negándose a trabajar, lo que exasperaba a su marido. La joven, no pudiendo soportarle más tiempo, huyó un día en que él,

furioso, la dijo que, puesto que no hacía oficio de mujer en la casa, trataría de utilizarla de otro modo. Pero no pudo escapar a la brutalidad del salvaje, el cual, asiendo una lanza, le atravesó con ella el cuerpo, despedazó éste, asó los pedazos e invitó a sus amigos a participar de tan horrendo festín. El viudo se reservó para sí las partes sexuales de su esposa, pues hubiera sido deshonroso para él que las hubiese comido alguno de los invitados.

Entre ciertas tribus africanas, especialmente en el Congo, los hombres practican el sadomasoquismo como uno de los mejores métodos de lograr la necesaria disposición para el acto sexual normal. Algunas veces llegan a unos extremos verdaderamente peligrosos, ya que ejecutan toda clase de actos perversos con tal de lograr el fin que con tanto entusiasmo persiguen. Según Jacobson, cuando los negros llegan al colmo de la excitación, practican el "cunnilingus", y si la mujer se opone a ello y se defiende de las intenciones del galán, éste termina por morderla en la espalda, en las nalgas y hasta en la región vulvar, no teniendo nada de particular que se lleve entre los dientes trozos de carne, que unas veces escupe y otras se traga. Dicho explorador ha tenido ocasión de ver a muchas mujeres que presentaban tremendas cicatrices como huella indeleble del canibalismo erótico de los hombres.

Ya hace muchos años, cuando las tribus del Senegal se empeñaban en largas y sangrientas guerras, las mujeres de los guerreros solían acompañarles en sus expediciones. Al final de los combates, las más viejas se distinguían por su ferocidad, rematando a los heridos y arrojándose sobre sus cadáveres, aún palpitantes, para destrozarles a mordiscos los órganos genitales. Acerca de la crueldad de estas ancianas, Pierre Loti hace un interesante estudio en su célebre "Novela de un Spahi".

Entre estas gentes era costumbre repartirse las mujeres jóvenes, algunas veces niñas, que apresaban en los poblados enemigos. Los salvajes cometían con las desdichadas las mayores ferocidades, llegando al extremo de abrirles anchas heridas con el fin de practicar el coito en tales orificios. Finalmente, se comían los cadáveres, reservándose los pechos y las partes sexuales al guerrero que la había apresado.

En algunos pueblos musulmanes, en los que nunca se ha practicado el canibalismo, considerándose éste como un grave pecado, que a veces merece la pena de muerte, se tolera que los amantes puedan inferirse heridas y hasta devorar trozos de la carne del cuerpo amado, cuando no puede dominarse ese impulso de morder. Un médico militar inglés, que permaneció algunos años en la región del lago Tanganyka, dice que la civilización no ha producido grandes beneficios entre aquellos salvajes, porque les ha llevado el alcohol y ciertas enfermedades que antes eran desconocidas, a no ser entre los musulmanes que traficaban con los indígenas.

Cuando estos individuos se hallaban en estado de embriaguez, lo que ocurría con demasiada frecuencia, parecían resucitar en ellos muy remotos instintos. Las mujeres competían con los hombres en la ejecución de estas prácticas brutales, y el coito más se asemejaba a una lucha sangrienta entre fieras que entre dos seres humanos. "En una ocasión—dice el citado médico—, tuve que curar a un indígena de una tremenda herida que presentaba en el pene. Confesó, sin la menor reserva, que se la había producido una muchacha con los dientes. Le faltaba casi la mitad del glande y un pedazo de piel prepucial. Ella, por su parte, resultó herida en un hombro y en los brazos, y creo que si ambos no hubieran satisfecho a tiempo sus brutales impulsos eróticos, es fácil que se hubiesen devorado el uno al otro, como en el cuento infantil de los leones del desierto, de los que no quedaron más que los rabos."

Refiere el mismo autor que la influencia del alcohol no hace más que aumentar los efectos de la violencia de un instinto muy primitivo, ya que incluso cuando se hallan en estado normal, estos indígenas dan muestran de la mayor crueldad, lo mismo los hombres que las mujeres, y aun afirma que éstas superan algunas veces a aquéllos en sus demostraciones de barbarie.

En las islas de Andamán se observan diversas modalidades de necrofilia erótica, asociadas al canibalismo. Antiguamente, era costumbre que las mujeres viudas devorasen los genitales de sus esposos, lo que era considerado como un voto de castidad para lo sucesivo. En la actualidad, la viuda ha sido relevada de esa obligación; pero, en cambio, subsiste la costumbre de conservar el cráneo del difunto, el cual se separa del cuerpo al cabo de dos meses, que es el tiempo que debe durar un luto riguroso. Durante todo este tiempo, la mujer se abstiene de toda clase de placeres eróticos; pero cuando recibe el cráneo de manos del mago de la tribu, está autorizada para calmar sus ardores eróticos por medio de la masturbación, aplicándose a los genitales el macabro despojo.

Si llegara a tener sueños voluptuosos, deberá someterse a las caricias de un hermano del muerto, pero sin apartarse del pensa-

miento en su marido, cuyo recuerdo tiene siempre presente por medio del cráneo, el cual permanecerá todo el resto del tiempo en un altar a propósito. Cuando ambos esposos están muy enamorados y sobreviene la muerte de él, la mujer, para demostrar el cariño que profesaba al difunto, lleva consigo constantemente la calavera. Esta prueba de fidelidad conyugal, merece los mayores respetos por parte de los demás hombres de la tribu, los cuales se abstienen de toda tentativa amorosa con la viuda; pero cuando ésta prescinde de exhibir la reliquia, ello se considera como una prueba de que está dispuesta a admitir el galanteo del primero que llegue, que, aunque no pueda desposarla, está autorizado por las costumbres de la tribu para tomarla por concubina. (Lámina VIII.)

En algunos pueblos australianos y de la Melanesia, los cadáveres son adornados antes de recibir sepultura, con el fin de que en la otra vida les sea fácil encontrar un amoroso compañero. Algunos huesos del cuerpo humano tienen propiedades mágicas, tales como el ileón, el cual heredan los parientes varones por línea materna. Cuando el muerto fué un hombre vigoroso y adquirió cierta celebridad por sus hazañas sexuales, los herederos chupan esos huesos o los cuecen con algunos alimentos, en la creencia de que de esta forma asimilan las cualidades del difunto.

Las mismas virtudes se atribuyen a los huesos pélvicos de las mujeres; pero esta magia se relaciona más principalmente con la fecundidad y los buenos partos que con la vida exclusivamente erótica.

Iguales usos encontramos en algunos pueblos antropófagos de América, especialmente entre los caribes. Cuando se trata de algún jefe o personaje principal, se le extraen algunos huesos de la pelvis o de la espina dorsal, preferiblemente el coxis, el cual subastado en público, aunque tienen preferencia sus herederos. Estos huesos suelen llevarlos los indígenas en calidad de amuletos contra la impotencia o la debilidad sexual, y algunos los emplean como afrodisíacos, chupándolos algunos momentos antes de empezar la aventura amorosa.

Ya que hablamos de la necrofilia, es decir, de los actos sexuales practicados con cadáveres, no es nada extraordinario que tal conducta sea tolerada, y aun prescrita, en muchos pueblos salvajes. Entre los somalís, antes de la dominación inglesa, el marido que enviudaba tenía derecho a disfrutar sexualmente del cadáver de su esposa hasta que entrase en franco período de descomposición. Era

uno de los rituales del luto obligatorio, aunque, al mismo tiempo, podía tener relaciones con una hermana de la difunta.

Estas gentes practicaron el canibalismo, aunque en pequeña escala, pero con la particularidad de que los órganos genitales eran considerados como la parte más sagrada del cuerpo. No obstante, si no se los comían mejor o peor condimentados, los ingerían en forma de píldoras o los usaban como medicamentos, preparados por los curanderos para combatir la debilidad o la impotencia, de donde se deduce que el canibalismo de estas gentes tenía también un aspecto erótico.

El respeto a la muerte no alcanza entre los salvajes las mismas proporciones que en los pueblos civilizados. Los musulmanes, sin ir más lejos, en sus aficiones pederásticas, llegan hasta el extremo de profanar los cadáveres de los caídos en el campo de batalla. Muchos casos de esta naturaleza han sido registrados durante las guerras mantenidas por España y Francia en Marruecos.

En Nueva Gales del Sur, en Oceanía, durante los primeros tiempos de la colonización británica, los salvajes profanaban los cuerpos heridos o muertos de las tropas enemigas, sin perjuicio de comérselos después. Esto ya no se relaciona con el canibalismo erótico, aunque a veces los actos de antropofagia pudieran ser una consecuencia de excitación sexual.

Lo mismo que ocurre entre los individuos de la secta de los "skoptzis", de que ya hemos hablado en otro volumen, es decir, el rito antropofágico, que consiste en comerse los pechos de una muchacha virgen, lo encontramos en algunas tribus del Sur de América. No obstante, no es posible afirmar que se trate de un acto de canibalismo erótico, sino de un rito sexual. Otro tanto ocurre con la placentofagia, costumbre a que ya hemos hecho referencia. En algunos pueblos, como el Brasil, los "yakutas" de Siberia, Abnam, Sudán y otros, la ingestión de los restos placentarios se efectúa por diversos motivos. Iguales costumbres han sido observadas en Italia, y en la Edad Media, muchos pueblos practicaron este canibalismo sexual con la pretensión de que la placenta actuaba como inmejorable galactófago en las mujeres cuya secreción láctea no era abundante ni de buena calidad. Los musulmanes de Marruecos creen que la placentofagia produce la fecundidad y acelera el alumbramiento; pero no practicando la ingestión de la placenta en crudo, sino preparada en píldoras, lo mismo que hacen los chinos, los cuales se cree que copiaron estas costumbres de los árabes.

En los pueblos en que existe la costumbre de practicar la ninfectomía, es decir, la sección de los pequeños labios, estos despojos de los órganos genitales son comidos por las mujeres estériles o que desean tener hijos, lo que ocurre generalmente con las frígidas, ya que la fecundidad se asocia muy frecuentemente con la erótica.

Un misionero, que vivió muchos años entre los indígenas del Sudán, refiere que, cuando moría una mujer que había tenido varios hijos, se la cortaban los grandes y pequeños labios, con el fin de que los comieran los hombres y mujeres que no tenían hijos en su matrimonio, y también por los viejos libertinos, los cuales consideraban que, de esta forma, podían contrarrestar los efectos naturales de la edad o de los excesos eróticos.

También entre estos salvajes existió la costumbre brutal de cortar los pechos a las jóvenes vírgenes para que fueran devorados por los jefes y personajes ancianos. La finalidad de esta práctica no era esencialmente erótica, sino que se llevaba a cabo con el fin de prolongar la vida y engendrar hijos sanos y fuertes que tuvieran asegurada la lactancia maternal. Costumbres parecidas han sido observadas entre los fuegianos, asociadas, por lo general, con diversas prácticas de magia y hechicería.

El canibalismo erótico o simplemente sexual, es decir, las prácticas antropofágicas necesarias o consecutivas a la excitación sexual o sólo con relación a la capacidad procreadora, ha sido practicado por casi todos los pueblos de la tierra en épocas más o menos remotas. Modernamente, en las supersticiones de muchos pueblos civilizados, es decir, en la incultura que tanto se aproxima al estado intelectual de los salvajes, nosencontramos idénticas manifestaciones. Los bebedores de sangre humana, que no son desconocidos en España, Italia, Portugal y otros pueblos mediterráneos de cultura parecida, practican este canibalismo con fines eróticos en bastantes casos, aunque la mayoría de las veces se relacionen con dolencias de distinta especie, principalmente la anemia y la tuberculosis.

LA LOCURA EROTICA

Los linchamientos de negros.—La preponderancia de los instintos ancestrales.—Razones psicológicas del atentado sexual.—Diferencias entre la cultura y el primitivismo.—Procreación y destrucción.—La revolución sexual de los canacos.—Narraciones de la insurrección. El desenfreno erótico de los salvajes.—Los chinos de Cholong.—La violación de los cadáveres descompuestos.—La locura erótica en las ceremonias sexuales.

Esos aspectos de la sexualidad que la ciencia considera como manifestaciones morbosas del impulso procreador y que obliga a denominar bajo el título de enfermos y degenerados a los individuos a quienes afectan, aparecen entre los salvajes como expresiones, si no completamente normales, al menos justificadas por razones de diversa índole, que no se relacionan para nada con la nosología.

Los linchamientos de negros en Norteamérica obedecen casi siempre a la indignación popular, causada por los hechos sexuales de los individuos de color; la prensa de estos días da la noticia de que en un Estado varias mujeres penetraron armadas de rifles en una prisión, y apoderándose de un negro que había practicado un acto sexual con un muchacho blanco, le asesinaron, prendiendo después fuego el cadáver.

Ciertamente, estos atentados sexuales son debidos en mayor número a los negros que a los blancos. Ello parece evidenciar la supervivencia de unos instintos que las gentes de color no han podido reprimir en el transcurso de varias generaciones educadas en contacto con la civilización. Por otra parte, no siempre los atentados cometidos por los negros contra la honestidad de las muchachas y efebos se inspiran en una causa netamente erótica, e incluso cabe asegurar que la mayor parte de las veces no son inducidos por tal impulso; las supersticiones de estas gentes son muchas, y aquellas que se relacionan con la sexualidad alcanzan en su mentalidad

proporciones inconcebibles. El negro que cree que el contacto sexual con una mujer blanca es el mejor remedio contra cualquier dolencia que padezca, no se detendrá ni ante la amenaza del linchamiento, llevando a cabo su propósito tan pronco como la ocasión le sea propicia. Puede decirse que el instinto de conservación es tan fuerte entre estos hombres, que, en su afán por conservarse, a costa de lo que sea, no se detienen ni ante la misma muerte. Esta afirmación parece una paradoja, pero se explica perfectamente sin gran esfuerzo.

Muchos jurisconsultos y no pocos médicos han tratado de tender su piadosa apreciación hablando de cierto impulso sexual irreprimible, de una especie de locura erótica. Yo creo que esta justificación no puede encontrar eco en la conciencia popular, que saca de las cárceles a los condenados para asesinarlos brutalmente en la calle. Seguramente, si en vez de argumentar con esas teorías vagas se profundizase más en el panteísmo de estos salvajes civilizados, en su magia, en sus costumbres de hechicería, y, en suma, en su religión y en su idiosincrasia, es fácil que el veredicto popular no fuese tan cruel ni tan trágicos sus métodos vindicativos.

El impulso sexual, tan primitivo, tan enérgico y brutal, apenas si puede ser domado por los artificios, siempre beneficiosos, de la cultura. Lo mismo que el hijo de un demente puede llegan al mismo estado de locura que su padre, el negro descendiente de otro hombre que no encontró nunca trabas que se opusieran al desarrollo de us instintos, difícilmente acabará de libertarse de la opresión del yugo atávico, aunque nazca entre civilizados y al cabo de varias generaciones.

Estos actos, que, según los abogados defensores y los médicos forenses, obedecen a la locura erótica, si nos atenemos a la antropobiología, veremos que no son otra cosa sino manifestaciones naturales de los instintos o impulsos más primitivos. Por esto, es muy difícil hablar de las perversiones sexuales que adoptan las formas más terribles sin establecer previamente una diferenciación adecuada entre las distintas razas humanas.

¿Hasta qué punto pueden ser naturales esas manifestaciones? Esto ya no vamos a discutirlo, a no ser que prescindamos por completo de los múltiples antecedentes de la Humanidad o, por mejor decir, de la vida animal común a todos los seres vivos de la creación; tenemos que atenernos a la cultura, al desarrollo de las ideas morales, a las conveniencias sociales y a un sinfín de circunstancias aná-

logas que, naturalmente, no pueden llegar por igual al ánimo de todas las personas ni ser comprendidas por todos los intelectos.

No es tarea fácil investigar en las raíces biológicas de todas esas manifestaciones de los pueblos incultos, que tan enégicamente contrastan con nuestra civilización y nuestras costumbres, hasta el extremo de constituir entre nosotros gravísimos delitos, cuando, para esos pueblos, no son más que expresiones lícitas, más o menos usuales, pero toleradas siempre por las costumbres y las tradiciones, que constituyen las principales fuentes del Derecho.

La necrofilia, por ejemplo, es entre nosotros una de las formas más graves de la delincuencia sexual; mientras que, para los indígenas de algunas islas del Pacífico, resulta una obligación o un derecho, que se basa en las tradiciones y en las leyes. La homosexualidad, que tanto repugna a los civilizados, es, en otros pueblos, un signo de distinción. La masturbación, como hemos visto, es una costumbre popular entre los hotentotes. Nosotros apreciamos la virginidad como el mayor tesoro de la mujer, mientras que los habitantes de Madagascar, del Thibet, de la India y de muchos otros pueblos, consideran deshonrada a la mujer que va al matrimonio físicamente virgen.

Pues al mismo tenor deben analizarse las demás manifestaciones del impulso sexual, que nosotros consideramos antisociales y, por lo tanto, delictivas; es como si la sensibilidad moral—en lo físico, así ocurre—fuese un resultado de la civilización, sucediendo que los problemas morales tuviesen diferente importancia con relación al grado de cultura de las gentes, hecho que también se registra en realidad.

Así, pues, no es posible llamar "perversiones" a toda esa serie de hechos sexuales de los pueblos incultos, que tanto constrastan con nuestras costumbres, so pena de pecar de injustos, porque entre esas gentes no se califican como tales ni tienen la misma importancia social que les concedemos los civilizados. Precisamente hemos de denominar bajo ese enunciado a los actos cometidos en pugna con la cultura y las costumbres generales, aparte lo que representan como violación de las leyes biológicas de la reproducción, aunque a veces hayan de ir esos actos perversos íntimamente relacionados con la generación de la raza.

Esas manifestaciones extremadas y violentas del impulso sexual que conocemos con el nombre de locura erótica, demencia sexual, furor genital, etc., es cierto que no se registran en la generalidad de

los seres humanos, sino que sólo afectan a una minoría. Pero es que la circunstancia numérica no es, entre esos pueblos, una razón suficiente para motivar una actitud de repulsa contra los hechos extremados. Tampoco es posible decir que se trate de seres degenerados o enfermos, puesto que los individuos afectados de esa locura erótica, por decirlo así, no engendran seres física o mentalmente débiles, en cuyo resultado sería posible centrar un juicio crítico demostrativo de los efectos perniciosos de la actividad inmoderada o innecesariamente biológica de sus progenitores.

No obstante, reconozcámoslo, todo acto procreador que pueda llevar consigo la destrucción de un ser, debe ser considerado como anormal; mientras los hechos monstruosos no impliquen esa finalidad, más o menos consciente, desde el punto de vista de la biología, es fácil que no haya nada que objetar; la biología admite el incesto, la violación, el estupro y todos los actos que tiendan a la reproducción de la especie; pero, en cambio, la moral, las costumbres y el derecho, los rechazan sistemáticamente.

Casi todos los actos a que nos hemos referido en los capítulos anteriores, resultan ser una modalidad de esos principios biológicos, exceptuando, naturalmente, los que no pueden traducirse en ese resultado, que debe ser el resumen de la vida sexual del individuo, o sea la multiplicación de la especie. Por esto, al referirnos a la locura erótica, es fácil apreciar la relación que guardan estas manifestaciones violentas de la sexualidad con los fines del amor humano.

Esas fiestas de los negros senegaleses, las "bambulás", "anamalis fobil", "tam-tanes", etc., que consisten en los mayores desenfrenos eróticos, en verdaderas manifestaciones de una lubricidad terrible, durante cuyo estado se llega al asesinato, representan el elemento imprescindible para lograr la excitación erótica o el eretismo necesario al acto que inicia la procreación.

Tan intensas son las emociones sexuales y tan grave es la excitación que estos salvajes logran por tales medios, que no es raro ver cómo un hombre o una mujer pueden caer violentamente a tierra presas de un fuerte ataque epiléptico, incluso tratándose de individuos que jamás hayan manifestado ni los más leves síntomas de trastornos nerviosos.

Iguales escenas se observan en las danzas denominadas "pilú-pilú", de los canacos, y en las "upá-upá" lascivas de las gentes de Tahití.

Refiriéndonos a los canacos, o sea los indígenas de Nueva Caledonia, no podemos por menos de transcribir algunos episodios de la sangrienta insurrección que tantas víctimas costó a Francia. Las transcribimos de una obra del doctor Jacobus, el cual, a su vez, las reproduce de las memorias de un militar francés.

"Conocemos ya—dice—la innata ferocidad del canaco. Jamás tortura éste a su enemigo vivo, pero encarnízase con los cadáveres y los mutila eróticamente, después de haber saciado su brutal lujuria sobre los cuerpos aún palpitantes. También conocemos el deseo que el canaco experimenta por la mujer blanca. No pudiéndola poseer en vida, la ha matado durante la insurrección, sirviéndole su cadáver de juguete erótico.

"Está aseverado por numerosos testimonios que las desgraciadas mujeres e hijas de colonos muertos durante la insurrección, han sido decapitadas y violadas luego. Bastantes fueron comidas, si no el cuerpo entero, los pechos y los miembros, cuando menos, y el cuerpo que pudo encontrarse tenía evidentes señales de mutilaciones eróticas de una extravagante fantasía.

"Una vez declarada la guerra, y comenzadas las hostilidades, ordénase a los guerreros que se alejen de las mujeres. El coito les está prohibido, pero bien entendido que violar a mujeres blancas no supone infringir la prohibición." Para apoyar estas afirmaciones, basta con citar el relato de las matanzas de Foa y Fonwari, del comandante Riviére.

El citado comandante dice en sus memorias: "Los canacos continúan la serie de asesinatos e incendios en las malezas. Los carromatos dan buena prueba de ello; uno de ellos está repleto de heridos y el otro contiene dieciséis muertos. La mayor parte de los heridos están desvanecidos, y los demás gimen o deliran. Las heridas, casi todas en el cráneo o en la nuca, son profundas entalladuras producidas por el hacha o por las cuchillas llamadas "pico de pájaro", y han sido producidas por detrás, en el momento en que menos se lo esperaba y por canacos tenidos como amigos. Los salvajes se han ensañado en los muertos, gozando en sus refinamientos de crueldad y de lujuria. Faltan algunos miembros, separados del tronco por el hacha. En determinados sitios se han producido "ablaciones por medio del cuchillo y hasta con los mismos dientes", o bien obstrucciones monstruosas o irrisorias por medio de tapones de madera."

Un soldado árabe que prestó importantísimos servicios al ejér-

cito que combatía contra los canacos, escribía lo siguiente en sus memorias:

"Al llegar a Bulupari, dirigíme, primero que nada, a la gendarmería, en la que había cuatro caballos, atados en las cuadras. No lejos de un carro de piensos, yacían dos condenados bañados en su propia sangre. Seguidamente me dirigí al quiosco, donde los gendarmes tenían costumbre de comer. A unos diez metros del mismo, el cocinero, boca abajo, muerto de un hachazo en la nuca, aún tenía entre sus crispadas manos un plato roto en dos pedazos. Cuatro gendarmes habían encontrado la muerte en el preciso momento en que salían del quiosco, sin duda alguna, para ir en busca de las armas. En el telégrafo, cerca del empleado, tendido en medio del camino, con el rostro mirando al cielo, velaba, alargado, su pequeño perrito negro. Detrás del telégrafo estaba la casa Kleich; el marido, con la cabeza hendida de un hachazo, y la mujer, desnuda, llena de magullamientos mortales y "con una botella rota introducida en el vientre".

"Siempre a caballo, pues temía ser cogido vivo, penetré en el campo de los deportados, asesinados confusamente en el momento de la siesta; dos de ellos estaban todavía con los estertores de la agonía. El incendio impidióme contar los muertos en la choza de los vigilantes. En casa de los Mostini, todos muertos: Mlle. Mostini, violada, desgarrada, "con el bajo vientre abierto hasta el ombligo". Su hermana, más joven, había sido alcanzada por los golpes en el preciso instante en que se refugiaba bajo el cadáver de su hermana, habiendo sufrido la misma mutilación que ésta."

"El canaco Luis—dice Jacobus—, intérprete a bordo de un buque, y que hablaba muy bien el francés, jugó un importante papel en la matanza de Poya. Encontrábase allí como empleado por cuenta de un negociante europeo. Enamorado de una rubia soberbia, mujer de un colono, de raza inglesa, y, no pudiendo obtener de ésta que coronase su llama amorosa, decidió aprovecharse de la matanza de los blancos para satisfacer su pasión, dirigiéndose a casa de la dama, el marido de la cual sabía ausente, con otros cinco canacos. Estos comenzaron por asesinar a los niños. La madre, entonces, cogió una escopeta de caza de dos cañones, que estaba cargada, y mató a dos de los asesinos. Entonces el intérprete Luis le hundió el cráneo. El marido que, entre tanto, llegó a caballo, creyendo que no podría luchar sólo contra los asesinos de su familia, no tuvo el valor de vengarla y escapó al galope. El canaco Luis satisfizo entonces su

fúbrica pasión sobre el palpitante cadáver de la pobre mujer; después, los canacos despedazaron a la víctima, como si fuera un animal de carnicería, y la asaron al horno canaco, comiendo el tal Luis de su parte, el corazón y uno de los brazos. Tales hechos eran públicamente notorios en Ubatche, y el degenerado asesino fué fusilado, habiendo sido relatados por un colono que asistió a la ejecución del intérprete."

Puede decirse que la primera chispa que encendió la insurrección de los canacos se produjo en el deseo de un indígena, un tal Atay, el cual deseaba a toda costa a una señora europea, muy bella, viuda de un capitán de Artillería, que explotaba una concesión. La verdadera locura erótica que la dama inspiró al indígena se tradujo en aquella horrible serie de asesinatos y violaciones que tanta sensación causaron en la opinión civilizada, y que constituye una de las páginas más tristes de la historia colonial de Francia.

Refiriéndose a dicha señora, el comandante Riviére dice: "Esta señora gustó a Atay, el gran promotor de la revolución. Este era un vecino suyo, y a menudo venía a verla, trayéndole frutos, y ofreciéndole ella, en cambio, café, pan y vino. Atay fumaba una pipa bajo la galería, mientras que ella se ocupaba en alguna labor de mujeres, y hablaban. En los días de ceremonia, llevaba un uniforme de oficial de Infantería, con sus galones dorados y quepis, como la mayor parte de los jefes; pero, ordinariamente, iba desnudo. Por otra parte, esta desnudez, de un rojo negro, un poco cobrizo, a lo que se está muy acostumbrado en aquellos lugares, no espanta a las mujeres. Atay era robusto, de elevada estatura y muy inteligente; pero tenía cuarenta y cinco años—lo que no es, ciertamente, la juventud para un canaco—; una cabeza gruesa, calva la cima del cráneo y las orejas colgantes y ampliamente horadadas, según la moda del país. Enamoróse de la dama, y un día, de repente y con toda tranquilidad, le propuso el casorio. Esta se quedó como quien ve visiones, y rehusó. Atay insistió una y otra vez, pero en todas ellas fué igualmente afortunado. Su despecho tomó algo de parte en la revuelta, pues casi siempre hay una cuestión de mujer que determina los grandes proyectos. Varias veces ha dicho el doctor a esta dama que debiera haberse sacrificado, y, de esta manera, impedir la revolución. Ella no le contradijo; pero añadió que jamás hubiera podido determinarse a ello, hasta el punto que prefería a tal matrimonio todos cuantos azares pudiera correr la colonia."

En esta campaña se registraron casos de verdadera locura eró-

tica, de un desenfreno sexual que no se ha conocido en ningún otro suceso colonial. Los canacos deseaban ardientemente a las mujeres de los colonos, sin duda, porque descubrieron en ellas, en la más vieja y sucia de las europeas, encantos que difícilmente pueden hallarse en una mujer canaca, verdaderos demonios negros, de una fealdad horripilante y de una suciedad que repugna y que jamás ha podido tolerar un europeo.

Seguramente, la insurrección canaca no tuvo otro origen que esta verdadera demencia erótica que prendió en la sangre de los feroces indígenas con una intensidad que jamás alcanzaron otras aspiraciones sociales o económicas. La revolución canaca no fué más que un caso colectivo de la lujuria encendida por las mujeres europeas en la sexualidad desenfrenada de los salvajes Todos ellos rivalizaban en la comisión de los actos más espantosos, llegándose incluso hasta el canibalismo en un pueblo que sólo practicaba la antropofagia como ritual religioso.

No fueron respetados ni los cuerpos de las criaturitas de pecho. Algunas aparecieron con el vientre abierto y con huellas indudables de haber servido de macabros juguetes eróticos a aquellas fieras humanas; casi todos los niños tenían destrozados los órganos genitales, especialmente las niñas.

Entre los indios, hay una casta de faquires, los más humildes, que viven de las limosnas, los cuales suelen dar muestras de un impulso erótico desenfrenado rayano en la locura. Estos no realizan sacrificios humanos por su cuenta, pero cuando pueden adquirir una muchacha o un joven que se preste a satisfacer sus deseos, parece como si se apoderase de ellos un afán de destrucción, que no es más que una exaltación sadista, cometiendo con ellos los actos más repugnantes que pueden imaginarse.

En la India se conoce a los comedores de excrementos, los cuales practican tales actos en presencia de las gentes que les gratifican con alguna limosna. Por el mismo precio, ejecutan actos irrisorios, relacionados siempre con la erótica, tales como practicar el coito con una ternera, una cabra, una perra o una oveja, cometiendo con los animales actos de una crueldad sin límites.

Un autor refiere que entre los chinos es muy frecuente observar actos sexuales de una ferocidad tal, "que sólo pueden ser cometidos por dementes". Habla de un chino de Cholong, inmensamente rico, el cual se hacía llevar jovencitas chinas de diez a catorce años, a las cuales violaba primero, y después destrozaba a dentelladas los

órganos sexuales. Se trataba de un viejo débil sexual. Esta costumbre era practicada por otros chinos que se hallaban en las mismas condiciones, por lo que dice un autor que "el minotauro de la lujuria china devoró en un año varios millares de vírgenes inmoladas a la locura erótica".

Un explorador inglés refiere que, encontrándose en el territorio de Angola, bastante alejado de la costa, fué despertado una noche por el estruendo que producían los tambores de los salvajes llamando a rebato a los indígenas de la tribu. El motivo de aquella alarma fué que varios salvajes de un poblado enemigo habían desenterrado los cadáveres de dos jóvenes muertas varios días antes a consecuencia de un accidente, cuyos cuerpos profanaron treinta y dos hombres, devorándolos después, "a pesar de que los restos estaban descompuestos". Cree este autor que se trató de un caso de demencia erótica, pues si bien no tenía nada de extraño que estos hombres violasen los cadáveres recién enterrados, no se conocía un caso de semejante ferocidad necrofílica en toda la historia de la tribu a que pertenecían los autores del bárbaro hecho. Se comprobó que, en realidad, aquellos hombres fueron atacados de locura a consecuencia de haber ingerido unas hierbas a las que los indígenas atribuyen grandes propiedades afrodisiacas.

En muchas ceremonias sexuales celebradas periódicamente por los pueblos salvajes, se registran casos de verdadera demencia. Una mujer que había sido condenada por adulterio a ser violada por los guerreros de una tribu de Nuevas Hébridas, tuvo que resistir los asaltos de más de un centenar de vigorosos guerreros, los cuales la gozaron a su capricho. Hacia la mitad del terrible castigo, la mujer murió desangrada; pero esto no fué obstáculo para que los restantes guerreros prosiguieran en su actitud desenfrenada. Por último, el cadáver fué despedazado y comido en crudo.

En Birmania, Madagascar, el Congo, el Brasil y otros pueblos, los indígenas primitivos celebran danzas y festivales en los que se excitan de tal forma, que se llega hasta el extremo de perder la apariencia de seres humanos. Los hovas tienen festejos en los cuales el hombre está autorizados para apoderarse de la mujer que quiera, violándola en la forma que lo hacen las fieras. Un europeo que presenciaba un espectáculo de esta naturaleza, quiso impedir que un guerrero violase a una jovencita por la que el blanco sentía cierta simpatía, pero el salvaje galán hendió de un hachazo la cabeza del intruso, que quedó muerto en el acto. Fué detenido inmediatamente,

y al cabo de unos minutos se arrepintió, llorando, de lo que había hecho, lo que le costaba trabajo creer.

Y es que el impulso sexual puede adquirir tales grados de violencia que, ante el anhelo de su satisfacción, se llegan a cometer los más bárbaros delitos, como si el individuo cayese bajo las garras de la locura en un gesto instintivo de ferocidad indomable, que hace al hombre mucho más salvaje que las mismas bestias.

INDICE

Páginas

PROLOGO DEL TEMA..... 5

LA RELIGION, LA MAGIA Y LAS PERVERSIONES

Relación de las ideas morales con la erótica. La importancia de la erótica en la vida social. La ley de las compensaciones.—La moral salvaje y la de los civilizados.—¿Hasta qué punto son perversiones?—Las perversiones como ritos religiosos.—Entre los hotentotes.—La «auparhistaka».—El amor de los eunucos.—El «congreso del cuervo».—Los australianos.—El canibalismo.. 9

EL HOMOSEXUALISMO ENTRE LOS SALVAJES

La inversión y la intelectualidad.—Indiferencia de los pueblos salvajes ante la homosexualidad.—La pederastia como contraconceptivo. Cómo se educan los niños para la prostitución masculina.—En Alaska.—Los «cudinhas» brasileños.—Los «burdash» de Montana.—El «boté».—Los invertidos tahitianos.—La inversión sexual en otros pueblos.—La homosexualidad femenina.—Caracteres de las salvajes invertidas 27

EL SADISMO Y EL MASOQUISMO

El matrimonio por rapto, como ejemplo de la algolagnia erótica.—Cómo lo efectúan los «kirguizes».—En las islas de la Malasia.—Batallas sexuales.—El sistema nervioso de los salvajes. Un caso en el Congo Belga.—La crueldad erótica de los «bawendas».—La «uganwela».—Los tagalos filipinos.—Las aficiones de una princesa del Dahomey.—El sadismo religioso.—El bestialismo.—Fetichismo y exhibicionismo primitivos 41

Páginas

EL CANIBALISMO EROTICO

Su asociación con la necrofilia.—Cómo lo practicaban los indígenas de Fidji.—Las raíces psicológicas del canibalismo.—División de la antropofagia en grupos.—Canibalismo sexual y erótico.—El hambre erótica.—Varios casos.—La ferocidad de las mujeres senegalesas.—El amor en el Lago Tanganyka.—La necrofilia y el fetichismo.—Las viudas andamanes y el cráneo del marido.—Virtudes de los huesos humanos. Las de otros restos 53

LA LOCURA EROTICA

Los linchamientos de negros.—La preponderancia de los instintos ancestrales.—Razones psicológicas del atentado sexual.—Diferencias entre la cultura y el primitivismo.—Procreación y destrucción.—La revolución sexual de los canacos.—Narraciones de la insurrección. El desenfreno erótico de los salvajes.—Los chinos de Cholong.—La violación de los cadáveres descompuestos.—La locura erótica en las ceremonias sexuales 63

PAUTA DE LAMINAS

Páginas

LAMINA I
Idolo hermafrodita 16

LAMINA II
Invertido del Camerún 17

LAMINA III
Indígenas del Sudán 32

LAMINA IV
Moro homosexual 33

LAMINA V
Paraguaya homosexual 48

LAMINA VI
Danzarines «Mos-si» 49

LAMINA VII
El bestialismo 64

LAMINA VIII
La necrofilia 65